

¿POR QUÉ LA CLASE OBRERA ESTADOUNIDENSE ES DIFERENTE?*

En 1828 –tal y como en otro tiempo recordara Marx a sus lectores–, un grupo de artesanos de Filadelfia organizó el primer «Partido Obrero» de la historia mundial. Ahora, ciento cincuenta años después, la cámara de una cadena de televisión nos muestra a un grupo de obreros modernos de Filadelfia discutiendo en la taberna local sobre los candidatos a las elecciones presidenciales de 1980. Sobre un fondo de silbidos y abucheos irreverentes, un obrero defiende con poco entusiasmo a Carter como el «mal menor», mientras otro, con todavía menos fervor, intenta sacar a flote la idea de un voto de «protesta» a favor de Reagan. Por último, con las cabezas de la mayor parte del gentío haciendo señales de asentimiento, una voz bastante definitiva deletrea el nombre de la opción más popular de la campaña: N-O-T-A («*non of the above*» [ninguno de los anteriormente citados]). Su postura queda recalcada con la declaración de que, el día de las elecciones, piensa estar en el taburete de un bar y no en una cabina electoral. No hay ningún otro país capitalista en el que el absentismo político de masas esté tan plenamente desarrollado como en Estados Unidos, donde una «mayoría silenciosa» de la clase obrera no ha participado en más de la mitad de las elecciones del siglo pasado¹. Cabría sostener que esta protesta muda y atomizada es el correlato histórico de la sorprendente ausencia de un partido político independiente del proletariado en el país que un día inventara el partido obrero y el Primero de Mayo.

Quizá no haya otra dimensión de la historia estadounidense al mismo tiempo tan relevante y tan difícil para la teoría marxista como la compleja evolución de la lucha de clases económica en relación con un sistema político que se las ha arreglado para rechazar todo intento de crear una política de clase alternativa. Esta ausencia del grado de autoorganización y conciencia obreras representado en cualquier otro país capitalista por el predominio de partidos laboristas, socialdemócratas o comunistas cons-

* Originalmente publicado en *NLR* I/123 (septiembre-octubre de 1980), pp. 1-44.

¹ «Estados Unidos ha mantenido en los últimos cincuenta años la tasa de absentismo más alta que pueda encontrarse en todo el sistema político occidental». Walter Dean BURNHAM, «The United States: The Politics of Heterogeneity», en Richard Rose (ed.), *Electoral Behaviour: a Comparative Handbook*, Nueva York y Londres, 1974, p. 697.

tituye el espectro que ha asediado durante mucho tiempo al marxismo estadounidense. Como primera aproximación al problema, puede que sea de utilidad analizar brevemente la perspectiva que la teoría revolucionaria «clásica» ha ofrecido sobre el «excepcionalismo estadounidense».

Perspectivas clásicas

En un momento u otro, tanto Marx y Engels como Kautsky, Lenin y Trotsky quedaron maravillados por las posibilidades del desarrollo de un movimiento revolucionario en Estados Unidos. Aunque cada uno puso el énfasis en aspectos distintos de la dinámica social de la época, todos ellos compartieron la creencia optimista de que «a largo plazo» las diferencias entre los niveles europeos y estadounidenses de conciencia de clase y organización política se igualarían en virtud de las leyes objetivas del desarrollo histórico. Desde su punto de vista, la clase obrera estadounidense era una versión más o menos «inmadura» de un proletariado europeo. Su desarrollo se había visto retrasado o desviado a raíz de distintas condiciones coyunturales y, por lo tanto, *pasajeras*: la «frontera»², la continua inmigración, el atractivo de las ideologías agrariodemocráticas estrechamente ligadas a la propiedad pequeñoburguesa, la hegemonía internacional del capital estadounidense, etc. Una vez que esas condiciones temporales empezaran a reducirse —a causa del cierre de la frontera, la restricción de la inmigración europea, el triunfo del monopolio sobre el pequeño capital, el declive de la primacía del capital estadounidense en la productividad industrial mundial—, entrarían en juego determinantes históricas más profundas y permanentes, procedentes de la estructura misma del modo de producción capitalista. En este escenario común, una crisis económica sistemática de la sociedad estadounidense desencadenaría luchas de clase a escala gigantesca. Además, la amplitud y la violencia misma de esta lucha de clases económica provocaría conflictos en aumento con el poder estatal. En una crisis así, las instituciones de la democracia burguesa de la sociedad estadounidense —previamente un obstáculo a la unión de clase— proporcionarían un trampolín para la acción política independiente y para la formación de un partido de masas socialista u obrero. Las fases de desarrollo que el proletariado europeo había tardado generaciones en atravesar, se «comprimirían» en Estados Unidos gracias a un proceso acelerado de «desarrollo combinado y desigual».

Así pues, Engels, en una carta de 1886, apenas albergaba dudas de que el espectacular crecimiento de *The Knights of Labor* [la Orden de los Caballeros del Trabajo], junto con el voto en masa a favor de Henry George en las

² En inglés, el término *frontier* [frontera] tiene un sentido histórico fuertemente ligado a la conquista del Oeste: así, no se entiende tanto (o sólo) como confin, barrera o límite (acepciones para las que se prefiere la voz *border*), sino como linde entre tierra colonizada y territorios ignotos en continuo desplazamiento por el impulso de los colonos y, por lo tanto, promesa de nuevas tierras, nuevos mundos, nuevas posibilidades. [N. de la T.]

elecciones a la alcaldía de la ciudad de Nueva York, marcaban el nacimiento de la política obrera de masas en Estados Unidos. (De hecho, Engels exhortó al «atrasado» movimiento obrero inglés a que tomara estos acontecimientos estadounidenses más «avanzados» como modelo.) Lenin extrajo una conclusión semejante con respecto a los progresos aparentemente gigantescos del Partido Socialista en las elecciones de 1912 y Trotsky hizo lo mismo cuando, a consecuencia de las grandes huelgas de brazos caídos de 1936-1937, volvió a parecer posible que surgiera un partido obrero³.

Falsas promesas

Por desgracia, todas estas esperanzas de una transformación política cualitativa de la lucha de clases en Estados Unidos quedaron siempre frustradas. Los signos premonitorios de una ruptura política a mediados de la década de 1880 se fueron demostrando falsos, a medida que nuevas divisiones étnicas y raciales socavaban la unificación embrionaria de los trabajadores industriales del Este. Los jóvenes «partidos obreros» se hundieron mientras el sistema bipartidista capitalista, que manipulaba a las mil maravillas a la clase obrera y acentuaba los cismas culturales existentes en su seno, conseguía reabsorber a los trabajadores. De igual modo, el 6 por 100 del voto que Gene Debs consiguió en las elecciones a la presidencia de 1912 —aclamado internacionalmente como el inicio del ascenso del Partido Socialista hacia la representación mayoritaria del proletariado estadounidense— resultó ser su punto culminante, seguido por la fragmentación y el conflicto encarnizado. Este fratricidio socialista fue, a su vez, una manifestación y un síntoma de los profundos antagonismos dentro del movimiento obrero de principios del siglo xx entre los obreros de oficio «autóctonos» organizados y las masas no organizadas de trabajadores inmigrantes no cualificados.

La Gran Depresión proporcionó la experiencia más irónica de todas. Pese al hundimiento abismal del sistema productivo y a la guerra económica de clases desatada por la crisis, las almenas políticas del capitalismo estadounidense se mantuvieron firmes. De hecho, cabe sostener que la hegemonía del sistema político salió reforzada y ampliada. Los mismos trabajadores que desafiaron a las ametralladoras de la Guardia Nacional en Flint o ahuyentaron a los diputados de las calles durante la huelga general semiinsurreccional de Minneapolis constituían simultáneamente la piedra angular del apoyo electoral a Roosevelt. La lucha por el sindicalismo industrial levantó a los mismos millones de jóvenes trabajadores que fue-

³ Cfr. Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Letters to Americans, 1848-1895*, Nueva York, 1953, pp. 149-150, 239, 243-244 y 258; V. I. Lenin, «In America», *Collected Works*, vol. 36, p. 215; Leon TROTSKY, «Introduction», *Living Thoughts of Karl Marx*, Nueva York, 1939; Massimo SALVADORI, *Karl Kautsky and the Socialist Revolution 1880-1938*, NLB/Londres, 1979, pp. 58, 102. También R. Laurence MOORE, *European Socialists and the American Promised Land*, Nueva York, 1970; Cristiano CAMPORESI, *Il marxismo teorico negli USA*, Milán, 1973; Harvey KLEHR, «Marxist Theory in Search of America», *Journal of Politics* 35 (1973) y «Leninist Theory in Search of America», *Polity* 9 (1976); Lewis FEUER, *Marx and the Intellectuals*, Nueva York, 1969.

ron movilizados como guardias de asalto de un político pseudoaristocrático cuya ambición declarada era «la salvación del capitalismo estadounidense». En la medida en que surgieron supuestos partidos «obreros» o «agrario-obreros» en las áreas industriales del Medio Oeste o del Noreste, apenas pasaron de ser avanzadillas y satélites del *New Deal*.

Analizar la clase obrera estadounidense

Así pues, pese a la intensidad periódica de la lucha de clases económica y a la aparición episódica de «nuevas izquierdas» en cada generación desde la Guerra Civil, el dominio del capital se ha mantenido instalado con mayor fuerza y con menor grado de impugnación política que en ninguna otra formación social capitalista avanzada. Ante este dilema y dada la aparente inadecuación de la teoría que describe a la clase obrera estadounidense como un «proletariado inmaduro», ¿de qué otras perspectivas disponemos para conceptualizar el problema de una conciencia política de clase ausente en Estados Unidos?

Una estrategia podría consistir en desplazar el centro de atención teórico de la dialéctica de las restricciones coyunturales que afectan los procesos universales (la lógica global de la lucha de clases y de la conciencia de clase) para concentrarnos, en cambio, en la permanencia relativa de los rasgos sociológicos o culturales decisivos que han diferenciado a Estados Unidos históricamente. Éste es el enfoque de la corriente de interpretaciones idealistas de la «civilización» estadounidense de Tocqueville a Hartz, pasando por la escuela Commons-Perlman de historiografía del trabajo, que ha intentado situar la originalidad de la historia estadounidense en esencias constitutivas como la «ausencia de feudalismo» o la «ubicuidad de la conciencia del puesto de trabajo». Desde el punto de vista de esta metafísica liberal, el problema de la conciencia obrera no constituye un problema en absoluto: la inclusión política del proletariado industrial estaba predestinada incluso antes de su nacimiento por la propia estructura de la cultura estadounidense: la falta de luchas de clase feudales, la hegemonía de una visión del mundo lockeana, la válvula de escape de la frontera, etc. A la inversa, se concibe la conciencia socialista como el resultado de la industrialización en un marco sociohistórico específicamente europeo, sembrado de vestigios del feudalismo. Por desgracia, rastros de este ahistoricismo pomposo pero vulnerable han teñido los escritos de algunos autores marxistas que han intentado también explicar la especificidad de la clase obrera estadounidense desde el punto de vista de alguna fabulosa peculiaridad de la historia estadounidense, como el impacto de la inmigración o el papel de un sufragio de masas temprano⁴.

⁴ Cfr. Louis HARTZ, *The Liberal Tradition in America*, Nueva York, 1955 y *The Founding of New Societies*, Nueva York, 1964; y Selig PERLMAN, *A Theory of the Labor Movement*, Nueva York, 1928. John LASLETT y Seymour Martin LIPSET emprenden un inventario exhaustivo de las teorías de «factor único» del excepcionalismo del movimiento obrero estadounidense en el libro que coeditan: *Failure of a Dream? Essays in the History of American Socialism*, Nueva York, 1974.

Sin embargo, hay una metodología alternativa tanto a la vieja «ortodoxia» marxista, con su fe en la «normalización» final de la lucha de clases en Estados Unidos, como a las distintas teorías del excepcionalismo estadounidense, con su énfasis en el sometimiento pasivo de la clase obrera a las determinantes sociohistóricas omnipotentes. El punto de partida consiste en reconstruir los marcos de referencia básicos.

Por un lado, debemos rechazar la idea de que el destino de la clase obrera estadounidense se configurara a partir de un *telos* omniabarcante (la democracia liberal, el individualismo cultural o lo que sea) o de la interacción precisa y exacta de causas simples (movilidad ascendente más etnicidad más...). Todas las variables explicativas plausibles se deben concretar dentro de los contextos históricamente específicos de la lucha de clases y la práctica colectiva que, después de todo, constituyen su único modo de existencia real. Frente a tales concepciones positivistas de una clase obrera permanentemente náufraga entre «arrecifes de rosbif» (Sombart)⁵ o bancos de sufragio universal (Hartz *et al.*), Engels, Lenin y Trotsky tenían toda la razón al afirmar el papel central de la lucha de clases en la configuración de la historia estadounidense y en la renovación periódica de las oportunidades para la transformación de la conciencia de clase.

Por otro lado, los clásicos marxistas tendieron a subestimar el papel de las experiencias históricas sedimentadas de la clase obrera, que influyeron y circunscribieron las capacidades de desarrollo de ésta en periodos sucesivos. Cada uno de los grandes ciclos de lucha de clases, crisis económica y reestructuración social de la historia estadounidense se ha resuelto al final a través de pruebas de fuerza cruciales entre capital y trabajo. Estas colisiones históricas han dado lugar a nuevas formas estructurales de regulación de las condiciones objetivas de la acumulación en el periodo siguiente, así como de las capacidades subjetivas para la organización y conciencia de clase. *Lo que el énfasis en el carácter «temporal» de los obstáculos a la conciencia política de clase tendía a ocultar era precisamente el impacto acumulativo de la serie de derrotas históricas sufridas por la clase obrera estadounidense.* Tal y como intentaré demostrar en este ensayo, cada derrota generacional del movimiento obrero estadounidense lo desarmaba en algún aspecto esencial ante los desafíos y batallas del periodo siguiente.

La trayectoria final, aunque en absoluto predestinada, de esta historia accidentada ha sido de consolidación de un tipo de relación entre la clase obrera y el capitalismo estadounidenses que contrasta sorprendentemente con el equilibrio de fuerzas de clase en otros Estados capitalistas. No se trata sólo de la «ausencia de democracia social» –aunque éste constituya el síntoma más espectacular–, sino de un grado cualitativamente diferente de conciencia de clase y de cohesión intraclásista.

⁵ Sobre Werner Sombart, véase Jerome KARABEL, «The Failure of American Socialism Reconsidered», *Socialist Register 1979*, Londres, Merlin Press, 1979.

Pese a las profundas diferencias existentes en la tradición nacional, así como a las divergencias evidentes en los grados de conflicto de clases, todos los proletariados de Europa occidental se «incorporan» políticamente –utilizo este término sólo en un sentido muy específico y contingente– a través de la acción del reformismo obrero. Es decir, su relación con el capitalismo está mediada y regulada en una gran variedad de planos (políticos, económicos y culturales) por *instituciones colectivas formadas por los propios obreros* que tienden a crear y mantener una conciencia de clase corporativa. No cabe duda de que en el periodo de posguerra los trabajadores europeos se han visto sometidos cada vez en mayor medida a la influencia «americanizadora» de un modelo socialmente desintegrador de cultura y consumo de masas, pero a pesar de ello la solidez de la cultura obrera es extraordinaria y sigue siendo la infraestructura de la política socialista y comunista en toda Europa occidental.

La clase obrera estadounidense, por su parte, al carecer de una rica panoplia de instituciones colectivas o de un agente totalizador de la conciencia de clase (es decir, un partido de clase), se ha visto integrada cada vez en mayor medida en el capitalismo estadounidense a través de las *negatividades* de su estratificación interna, su privatización en el consumo y su desorganización frente a las burocracias políticas y sindicales. Tal y como ha subrayado Ira Katznelson, la ausencia de «instituciones “globales” y sistemas de sentido de clase» en Estados Unidos ha llevado a una fragmentación y serialización extrema del trabajo, la comunidad y los universos políticos del proletariado estadounidense⁶. La distinción propuesta, por lo tanto, gira entre una clase obrera *reformista* en Europa occidental –históricamente un Jano bifronte frente a las tensiones irreductibles entre sus aspectos integrados y aquellos con un potencial revolucionario– y una clase obrera «*desorganizada*» y cada vez más «*despolitizada*» en Estados Unidos.

Debo insistir, no obstante, en que esta diferenciación no estaba inscrita, de una vez por todas, en ninguna matriz primordial de condiciones históricas o estructurales. Este contraste no adquirió de todas formas su visibilidad y notoriedad más marcadas hasta la ola de expansión económica de posguerra, momento en el que se produjo, por primera vez en la historia, una tendencia general en Europa occidental –o, por lo menos, en los países de la Comunidad Económica Europea– hacia la estabilización de la democracia parlamentaria y el crecimiento del consumo de masas. En otras palabras, precisamente en el periodo de convergencia estructural definida y de homogeneización de los terrenos políticos, las profundas diferencias de la formación histórica de los proletariados estadounidense y europeo se hicieron más sorprendentes e importantes políticamente. Lo que esto sugiere es que, en última instancia, el punto de inflexión definitivo en la creación de

⁶ Ira KATZNELSON, «Considerations on Social Democracy in the United States», *Comparative Politics* (octubre de 1978), pp. 95-96.

la divergencia entre los grados europeo y estadounidense de conciencia de clase proletaria fue el fracaso de los movimientos obreros de las décadas de 1930 y 1940 en la tarea de unificar a la clase obrera estadounidense tanto en el plano económico como en el político.

El análisis de esta coyuntura crucial exige cierto tratamiento de la acumulación de derrotas anteriores que condicionaron su resultado. El presente artículo aspira a ser una especie de prefacio histórico de un análisis de la crisis contemporánea de la conciencia de clase en Estados Unidos. Centrándome en las interfaces cambiantes entre luchas de clase económicas, composición de clase y sistema político, he intentado delinear la cadena de «derrotas» históricas y de posibilidades bloqueadas que determinaron de manera negativa la posición de la clase obrera en la sociedad de posguerra. He desarrollado la problemática de la «descomposición» de la clase obrera estadounidense en tres pasos:

En primer lugar, analizando el desarrollo único de la revolución democrática burguesa en Estados Unidos en relación con el surgimiento de una clase obrera de fábrica y con el fracaso por su parte en la conquista de una autonomía política inicial.

En segundo lugar, estudiando las relaciones contradictorias entre las oleadas unificadoras de la militancia obrera y la recomposición turbulenta del proletariado ocasionada por la inmigración europea y la migración interna. En particular, me centraré en los fracasos sucesivos del «abolicionismo obrero», del «populismo obrero» y del socialismo debsiano a la hora de proporcionar bases duraderas para el crecimiento de una política de clase independiente o de generar los apoyos sociológicos para una subcultura proletaria unitaria.

En tercer lugar, examinando con lupa el legado de las luchas de clases de la era Roosevelt-Truman y su contribución a la actual desorganización y debilidad de la conciencia de clase y de la militancia en Estados Unidos⁷.

Debo asimismo hacer desde el principio al lector una *advertencia*: el conjunto de determinantes histórico utilizado en este análisis —el papel del temprano sufragio de masas, la composición de clase, etc.— es expresamente selectivo y no procura sino explicar determinadas relaciones que creo que son cruciales y que, al mismo tiempo, se malinterpretan con frecuencia. Un análisis teórico verdaderamente riguroso tendría que considerar también, como es evidente, otros factores. En particular, proporciono sólo descripciones someras de tres variables que tendrían que incorporarse de manera mucho más central en un análisis más completo: la especificidad de la estructura política y del sistema de partidos; el papel de la represión política *preventiva* en la obstrucción del surgimiento del radicalismo obrero; y

⁷ En una segunda entrega: *NLR* I/124; incluida en el próximo número de esta revista.

la importancia del diferencial de productividad excepcional que disfrutó el capital estadounidense durante la mayor parte de su historia⁸.

I. LA PARADOJA DE LA «DEMOCRACIA» ESTADOUNIDENSE

Hubo dos «tipos ideales» de camino histórico por el que la política obrera independiente surgió en las sociedades en proceso de industrialización. El primero, recorrido por Europa continental, supuso la precipitación de una corriente proletaria en la trayectoria de la revolución democrática burguesa. La segunda y última ruta, seguida por Gran Bretaña y por la mayoría de su progenie de sociedades de colonos blancos (Australia, Nueva Zelanda y Canadá), pasó por la transformación de la militancia sindical a causa de la crisis económica, la represión estatal y el ascenso de nuevos estratos obreros⁹. En este apartado, examinaré algunos de los motivos más importantes por los que el terreno político de la primera República estadounidense fue tan poco favorable para el primero de estos procesos.

En todas las naciones europeas, las clases trabajadoras se vieron obligadas a llevar a cabo largas luchas por el sufragio y las libertades civiles. Las fases iniciales de la autoformación activa de las clases trabajadoras europeas abarcaron tanto la organización económica elemental como la movilización política rudimentaria por derechos democráticos. Todos los proletariados europeos fraguaron su primera identidad a través de movimientos de masas democrático-revolucionarios: el cartismo en Gran Bretaña (1832-1848), los periodos lassalleanos e «ilegales» de los obreros alemanes (1860-1885), la encarnizada lucha de los obreros belgas por la extensión del voto, la batalla contra el absolutismo en Rusia (1898-1917).

Ante la traición o la debilidad de las clases medias, los jóvenes movimientos obreros se vieron obligados a impulsar la lucha democrática a tra-

⁸ El único análisis sinóptico del papel de la represión en la desradicalización del movimiento obrero estadounidense es el innovador estudio de Robert Justin GOLDSTEIN, *Political Repression in Modern America*, Cambridge (MA), 1978. Burnham proporciona una fascinante perspectiva de conjunto de la especificidad de las instituciones electorales estadounidenses y de su éxito en la disolución del poder político de la clase obrera en «The United States: The Politics of Heterogeneity». Por último, yo me inspiré en la obra de Michel Aglietta para discutir la «lógica del capital» en las luchas obreras estadounidenses en mi «Fordism» in *Crisis: A Review of Michel Aglietta's Régulation et crises: L'expérience des Etats-Unis*, *Review. A Journal of the Fernand Braudel Center*, Binghamton University, vol. II, núm. 2, (otoño de 1978), pp. 207-269.

⁹ Evidentemente, también caben combinaciones de ambos caminos, como en el caso de Gran Bretaña, que empezó conociendo el cartismo como un (primer) movimiento revolucionario-democrático de masas de la clase obrera; para, luego, tras un largo interludio de inclusión aparentemente satisfactoria del proletariado dentro del sistema bipartidista, producirse el ascenso del Partido Laborista en respuesta al Nuevo Sindicalismo, al *Taff Vale*, a la represión de posguerra, etc. [Por *Taff Vale* el autor se refiere al fallo de la Cámara de los Lores, en la demanda del ferrocarril Taff-Vale contra el gremio obrero de ferroviarios, que, en 1901 declaró ilegal la vigilancia pacífica de los locales de trabajo por parte de los obreros en huelga, e impuso una indemnización a los obreros por daños y perjuicios a la empresa que diezmó los fondos del gremio obrero. (*N. de la T.*)]

vés de su propia movilización independiente. Así pues, la fuerza del radicalismo proletario y el grado de su autosuficiencia consciente estuvieron condicionados tanto por el poder social relativo de la burguesía como por el punto hasta el cual la revolución democrática había quedado «inacabada». Desde un punto de vista general, podemos discernir tres tipos de contextos nacionales en los que tuvo lugar una fusión original entre conciencia de clase económica y política: (1) contra una burguesía hegemónica en el contexto de un sufragio restringido (Gran Bretaña o Bélgica en el siglo XIX); (2) dentro del marco de una revolución democrática burguesa en curso (Francia en 1848-1852); o (3) en ausencia o imposibilidad de una revolución democrática burguesa, contra las clases dominantes precapitalistas y burguesas al mismo tiempo (Rusia en 1905-1917, de acuerdo con el modelo de la «revolución permanente»). El impulso de la militancia obrera fue diferente en cada uno de los casos, pero en todos ellos determinado modo de independencia política proletaria (ya fuera bajo la forma de una campaña reivindicativa no violenta o de un partido clandestino centralizado) fue un prerrequisito necesario.

Democracia estadounidense: comerciantes y agricultores

En Estados Unidos, por otro lado, durante la infancia de la clase obrera, había un marco político-jurídico muy diferente. La circunstancia más evidente, que quedaba grabada en el recuerdo de todo visitante del Viejo Mundo, era la ausencia de estructuras de clase e instituciones sociales precapitalistas. En efecto, tal y como ha subrayado la escuela hartziana, las colonias septentrionales eran un «fragmento» transplantado de las relaciones de producción y de las superestructuras ideológicas más avanzadas del siglo XVII: el capitalismo mercantil y agrario, la religión puritana y la filosofía lockeana, todos ellos británicos. Mucho después de su supresión oficial en Gran Bretaña, la conciencia popular de Nueva Inglaterra salvaguardaba las doctrinas radicales de la Revolución inglesa y seguía trasladándolas a la práctica. No mucho después de 1750, por ejemplo, más o menos entre la mitad y las tres cuartas partes de los varones blancos adultos de Nueva Inglaterra, entre los que se encontraba gran parte de la población artesana, estaban ya ejerciendo su derecho al voto a escala local. Durante el segundo mandato de Andrew Jackson en 1832, sólo cuatro Estados no habían eliminado todavía los requisitos de propiedad para acceder al voto¹⁰. Así pues, en espectacular contraste con lo que sucedía en Europa, la soberanía popular (para los varones blancos) constituía en este país el marco ideológico e institucional *preexistente* a la revolución industrial y al nacimiento del proletariado.

Otra diferencia, casi de igual importancia, entre Europa y Estados Unidos fue la composición de clase de los dirigentes del movimiento democrático. En Europa, el liberalismo burgués había adoptado una postura (por lo menos

¹⁰ Cfr. Edward McCHESENEY Sait, *American Parties and Elections*, Nueva York, 1939, pp. 21-31; y Chilton WILLIAMSON, *American Suffrage from Property to Democracy*, Princeton, 1960.

hasta 1848) de oposición inflexible a la «democracia». Su objetivo estratégico era movilizar a las masas plebeyas contra el poder aristocrático sin verse por ello obligado a conceder el sufragio universal. La manipulación de las clases trabajadoras inglesas por parte de los *whigs* en las luchas reformistas de la década de 1820 y de principios de la de 1830 constituye un ejemplo clásico de ello. En los casos en los que la revolución burguesa llegó a convertirse en una revolución «democrática», se debió a que elementos de los estratos plebeyos (artesanos urbanos, pequeña burguesía e intelectuales desclasados, apoyados por las multitudes de oficiales, obreros descualificados y sectores del campesinado) se arrogaron violentamente la dirección, por lo general en el contexto de una amenaza de vida o muerte a la supervivencia de la revolución o de la traición contemporizadora de la alta burguesía (Francia en 1791 o Alemania en 1849). Además, durante la década de 1830, los elementos supervivientes de este jacobinismo plebeyo se estaban transformando a gran velocidad, bajo el impacto del industrialismo, en un protosocialismo proletario (piénsese en el blanquismo, en la Liga Comunista, etc.).

En Estados Unidos, por el contrario, las grandes alturas de la «revolución» democrática burguesa estaban dominadas, sin ningún desafío significativo, por los representantes políticos de la burguesía estadounidense. Así pues, en cierto sentido irónico, la burguesía estadounidense (dentro de una definición que abarca configuraciones históricamente específicas de grandes comerciantes, banqueros, grandes terratenientes o dueños de plantaciones capitalistas y, luego, industriales) fue la única burguesía democrática revolucionaria «clásica» de la historia mundial: todas las demás revoluciones democráticas burguesas dependieron, en mayor o menor medida, de las alas o «sustitutos» plebeyos para derrotar a la reacción aristocrática y derribar la estructura de los antiguos regímenes.

Esto se debió en parte a que la revolución «democrática burguesa» de Estados Unidos no fue un levantamiento contra un feudalismo moribundo, sino, por el contrario, un proceso único de liberación nacional capitalista que implicó, en el periodo que va de 1769 a 1860, una lucha de varias fases contra las restricciones que imponía al crecimiento de la sociedad burguesa autóctona un capital británico hegemónico a escala global. Es posible, por ejemplo, interpretar la Revolución de 1776, en gran medida, como una guerra civil contra los estratos leales y al servicio de la Corona británica y la Guerra Civil como una revolución continuada contra un imperialismo británico informal que había incluido la economía de exportación de algodón del Sur en una alianza de dependencia neocolonial. En la primera fase, una coalición entre comerciantes y dueños de plantaciones derribó los obstáculos a la expansión interna y, en la segunda, una alianza entre el capital industrial joven y los agricultores de la zona oeste creó las precondiciones para la integración económica nacional.

Además, la burguesía estadounidense pudo apoyarse en alianzas de clase excepcionales para consolidar su hegemonía. La existencia en Estados Unidos de una clase dominante desde el punto de vista numérico de peque-

ños agricultores capitalistas –una clase casi sin equivalente en la Europa de mediados del siglo XIX, donde quienes explotaban mayoritariamente la agricultura eran terratenientes semiaristócratas o campesinos con economías de subsistencia– proporcionaba un anclaje social firme para una política explícitamente burguesa que celebraba la inviolabilidad de la propiedad privada y la virtud de la acumulación de capital. Dado que la ideología de la burguesía industrial encontró tanta resonancia directa en la perspectiva empresarial de la mayoría de la clase agraria nortea, la política democrática de masas no planteaba el mismo tipo de peligros que presentaba en la mayor parte de Europa, donde los estratos medios o la pequeña burguesía eran mucho más débiles en el siglo XIX. En otras palabras, mientras la burguesía europea tenía que defender medidas aplazadas durante mucho tiempo (con frecuencia, en alianza con aristocracias residuales) frente al avance de un derecho amplio al voto que, de acuerdo con sus temores, daría el poder a trabajadores y campesinos, la fracción industrial de la burguesía estadounidense, apoyándose en el lastre social estabilizador de los agricultores, pudo conseguir el dominio político nacional en 1860 a la cabeza de la cruzada democrático-revolucionaria contra la esclavocracia y sus aliados internacionales¹¹.

El conservadurismo del movimiento democrático

Tal y como observó Perlman hace muchos años, esta constelación particular de factores históricos –la existencia de una burguesía «democrática» y la ausencia correlativa de un «antiguo régimen»– dificultó en gran medida que los artesanos y trabajadores se constituyeran en una fuerza autónoma dentro de la política de la época prebélica. Estos mismos factores dieron también al movimiento democrático de Estados Unidos su forma relativamente «conservadora». A diferencia de las revoluciones antifeudales de Francia o España, por ejemplo, no hubo ningún ataque radical de amplio alcance contra las instituciones y la ideología legitimadoras de la sociedad, que pudiera servir más tarde de modelo para el revolucionarismo obrero. Las masas coloniales plebeyas no se levantaron bajo el liderazgo de sus «revolucionarios» hacendados y comerciantes en 1776 para encender una revolución democrática mundial –tal y como aspirarían a hacer unos años más tarde los seguidores *sans-culotte* de

¹¹ Habría que observar, no obstante, que los dueños de las plantaciones del sur ejercían una hegemonía análoga sobre los pequeños agricultores blancos de las tierras bajas y las llanuras sureñas. El cemento de esta adhesión ideológica no era tanto el paternalismo pseudoaristocrático como un liberalismo jeffersoniano degenerado. Pese a todos sus atavíos señoriales, «ultras» como Calhoun estaban mucho más cerca de la tradición *whig* radical que del refinado *toryismo*. Las campañas por los derechos de los Estados y el individualismo se veían reforzadas por la visión de una «*slave frontier*» [posibilidad de conseguir nueva mano de obra esclava] en permanente expansión, que renovaba perpetuamente las posibilidades para la acumulación a pequeña escala y para el ascenso al estrato de los grandes propietarios de plantaciones. Esta democracia supremacista blanca del *Herrenvolk* [pueblo de amos] sureño reflejaba muchos de los mismos temas centrales (por ejemplo, el igualitarismo empresarial) que la ideología capitalista nortea.

Saint-Just y Robespierre—, sino, por el contrario, para defender el regalo de la libertad popular que Dios y Locke habían concedido a sus antepasados puritanos. Del mismo modo, al movilizar el Norte en 1861, Lincoln y los republicanos rechazaron con vehemencia los eslóganes revolucionarios de Garrison y de los abolicionistas (la extensión de la «igualdad de derechos» a los afroamericanos y la destrucción del orden de la esclavitud) para apelar, en cambio, a la «conservación de la Unión y del Trabajo *Blanco Libre*». Estos matices ideológicos tienen una importancia en absoluto secundaria; dan fe tanto de la solidez de la dominación política burguesa como de la inhibición de la «revolución democrática permanente» en Estados Unidos¹².

«Productores» y «ciudadanos»

No se debería suponer que esto significa que las clases artesanas o las clases obreras de la primera época industrial en Estados Unidos carecían claramente de intereses concebidos o de voces articuladas propias. No obstante, sin subestimar la militancia económica de la primera clase obrera ni su entrega a la lucha contra la «oligarquía», es necesario recalcar los obstáculos estructurales y culturales a cualquier proceso de radicalización profunda del movimiento democrático y a la cristalización de una política proletaria autónoma. Mientras que los trabajadores estadounidenses proporcionaron guardias de asalto en defensa de la «igualdad de derechos», nunca crearon movimientos políticos independientes con la influencia o el impacto histórico del cartismo o del socialismo francés. Los célebres Workingmen's Parties [Partidos de los Trabajadores] de 1828-1832, que el joven Marx celebró como los primeros partidos obreros, pueden parecer una excepción evidente. Pero los «workies» constituían un movimiento socialmente mixto, cuyo concepto del «trabajador» era tan católicamente incluyente que sus doctrinas sólo excluían a los banqueros, los especuladores y algunos jefes del Tammany Hall¹³. Sin duda, el movimiento del trabajador de la década de 1830 se centraba y expresaba las preocupaciones de los obreros preindustriales, fortalecía los impulsos hacia la organización sindical y formaba a los trabajadores descualificados en el arte de la política; pero nunca fue más allá del grado más preliminar de autoconciencia política¹⁴.

La incipiente conciencia de clase se debilitaba a causa de dos ilusiones: una económica, la otra política. La primera surgía del predominio de la

¹² Se recordará que la teoría de Marx de la «revolución permanente» constituía un elemento integral de sus reflexiones estratégicas sobre la dinámica de la revolución democrática alemana fallida de 1848-1850. Ésta preveía la posibilidad de que el movimiento democrático revolucionario pudiera, bajo determinadas circunstancias, «desbordarse», convirtiéndose en una lucha por una «república social» dirigida por un ala independiente obrero-campesina. En términos más generales, apuntaba a las condiciones que crearían la posibilidad de un jacobinismo obrero hegemónico como preludio del socialismo.

¹³ La Tammany o Tammany Hall era el nombre popular que recibía la maquinaria política del Partido Demócrata en Manhattan. [N. de la T.]

¹⁴ Cfr. Walter HUGINS, *Jacksonian Democracy and the Working Class*, Stanford, 1960.

pequeña producción y de las pequeñas propiedades que daba lugar, si no a la fabulosa era jacksoniana de la movilidad universal, por lo menos sí a una fluidez significativamente mayor de los límites de clase entre los trabajadores libres y el estrato de los pequeños empresarios. El resultado era una ideología de «produccionismo» que cartografiaba las relaciones de clase en función de un eje que oponía «productores» a «poder monetario parasitario» y combinaba todos los estratos de trabajadores y la mayor parte de los capitalistas en un único bloque «industrial». Esta perspectiva pequeñoburguesa, construida desde el punto de vista de la esfera de la circulación y no del proceso de trabajo, no empezó realmente a descomponerse hasta que la gran crisis de 1873-1877 llevó por primera vez al capital y a los obreros a un enfrentamiento a escala *nacional*.

La ilusión política, estrechamente interrelacionada con una falsa percepción de las relaciones de clase, era la visión popular del Estado como una agencia de reforma democrática. La existencia de un sufragio masculino blanco más o menos sin restricciones, un fenómeno único para el momento, transmitía a la clase obrera jacksoniana una profunda creencia en el excepcionalismo de la sociedad estadounidense. A diferencia de sus hermanos europeos, que sufrían la falta de libertad tanto política como económica, los trabajadores varones blancos estadounidenses acabaron cotejando su libertad política con su explotación económica. En su estudio de la transformación de los zapateros artesanos de Lynn (Massachusetts) en un proletariado fabril dependiente, Alan Dawley subraya repetidas veces la persistente creencia de que tenían «un interés personal en el sistema político existente». Mientras que los trabajadores europeos solían ver el Estado como «un instrumento de su opresión, controlado por intereses sociales y económicos hostiles, contra los cuales era preciso organizarse en partidos de clase independientes, los trabajadores estadounidenses solían aferrarse a la ilusión de una «soberanía popular» tendente a la mejora¹⁵.

La lucha por la autoorganización económica

Sin embargo, sería insensato exagerar esta cuestión¹⁶. La «incorporación» política de los trabajadores autóctonos en el periodo prebélico tenía límites inequívocos y cualquier intento de explicar unilateralmente la desradicalización de la clase obrera a través de los poderes integradores de la democracia de masas debe bregar necesariamente con las implicaciones contradictorias de sus propias premisas. La historia obrera del siglo XIX demuestra una y otra vez que las mismas ilusiones parlamentarias albergadas por la clase obrera autóctona contenían también potenciales subversivos. Ante la creciente explotación y polarización de clase, por ejemplo, la ideología igua-

¹⁵ Alan DAWLEY, *Class and Community: The Industrial Revolution in Lynn*, Cambridge (MA), 1976, pp. 235, 237.

¹⁶ Como creo que hace Alan Dawley cuando afirma que «la urna era el ataúd de la conciencia de clase». *Ibid.*, p. 70.

litaria de los trabajadores estadounidenses (como los zapateros de Nueva Inglaterra) podía convertirse en un poderoso catalizador para la organización colectiva (creando la Asociación de Mecánicos de Nueva Inglaterra), así como para la resistencia militante (desencadenando la Gran huelga de 1860). En Europa, los dueños de las fábricas con frecuencia podían contar con los modelos ancestrales de deferencia y subordinación cultural de las clases inferiores, pero los industriales estadounidenses tenían que vérselas con trabajadores *yankees* «nacidos libres» que rechazaban el paternalismo y exigían ser tratados como iguales. A partir del periodo jacksoniano, el *ethos* de la «igualdad de derechos» de la clase obrera autóctona –tan profundamente arraigado por las sublevaciones de masas de 1776, 1828 y 1861– empezó a chocar cada vez más con el surgimiento del sistema fabril y la concentración del poder económico¹⁷.

Además, estas tensiones ideológicas se amplificaron a raíz de la violencia excepcional de la batalla por el reconocimiento de los sindicatos en Estados Unidos. Hay que sopesar la precocidad del sufragio obrero como fuerza integradora en Estados Unidos en relación con la gran dificultad de los sindicatos *yankees* para conseguir una organización duradera. Por hacer una comparación con el caso británico: pese a que los trabajadores varones estadounidenses disfrutaron de un voto no restringido más de un siglo antes que sus homólogos ingleses, también tuvieron que luchar casi una generación más ante tribunales hostiles y empleadores intransigentes para consolidar sus primeros sindicatos gremiales. Puede que los obreros estadounidenses nunca tuvieran que enfrentarse a la carnicería de una Comuna de París o de una revolución derrotada, pero fueron acibillados en innumerables «Peterloos» a manos de los Pinkertons o de las milicias.

Parece una hipótesis sostenible, por lo tanto, que la represión legal generalizada, en especial conjugada con el impacto del industrialismo y de las crisis cíclicas de la movilidad y los salarios, pudo socavar las ilusiones fundamentales de la clase obrera acerca del liderazgo político burgués. En este contexto, resulta pertinente recordar el ejemplo de una *segunda vía* hacia la independencia política de la clase obrera, representada por los partidos obreros de otras naciones anglosajonas «democráticas», en particular aquellos casos en los que este proceso supuso –como en la Inglaterra eduardiana o en la Canadá posbélica– la crisis de la anterior incorporación política dentro de los partidos burgueses (principalmente partidos liberales). Sin duda, en la medida en que la represión estatal y la crisis económica eran parteras del nacimiento de partidos obreros (una cuestión que volveré a

¹⁷ La tradición democrática popular se afirmaba de manera especialmente radical en la justificación reiterada de la autodefensa armada frente a la «tiranía». Así pues, en la década de 1880, cuando algunos sindicatos empezaron a constituir sus propias «milicias» en respuesta a la violencia estatal y de sus empleadores, la *Labor Leaf* [Hoja obrera] de Detroit podía aconsejar a sus lectores que «todo sindicato debería tener su grupo de tiradores de primera [...] aprende a conservar tus derechos del mismo modo que lo hicieron tus antepasados». Richard OESTREICHER, *Solidarity and Fragmentation: Working People and Class Consciousness in Detroit, 1877-1895*, Tesis doctoral, Michigan State University, 1979, p. 280.

considerar en el siguiente apartado), Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX poseía los ingredientes para este tipo de alumbramiento en las medidas exactas. ¿Por qué entonces –pese a las distintas rupturas parciales y defecciones temporales– los obreros estadounidenses no consiguieron sacar provecho del amplio sufragio del que disfrutaban para fraguar sus propios instrumentos políticos? El siguiente paso para responder a esta pregunta consiste en desplazar la atención de la constitución del sistema político a la composición histórica de la clase obrera.

II. CONCIENCIA POLÍTICA Y COMPOSICIÓN DE CLASE

La creciente proletarianización de la estructura social estadounidense no se vio correspondida por una tendencia equivalente a la homogenización de la clase obrera como una colectividad cultural o política. Estratificaciones enraizadas en posiciones diferenciales en el proceso social de trabajo se vieron reforzadas por antagonismos étnicos, religiosos, raciales y sexuales profundamente arraigados dentro de la clase obrera. En diferentes periodos, estas divisiones se fusionaron como firmes jerarquías intraclasis (por ejemplo, «autóctono + cualificado + protestante» frente a «inmigrante + descualificado + católico»), que representaban un acceso desigual al empleo, al consumo, a los derechos legales y a la organización sindical. El poder político real de la clase obrera dentro de la «democracia» estadounidense se diluyó siempre en gran medida a causa de la privación del derecho al voto de amplios sectores de la fuerza de trabajo: negros, inmigrantes, mujeres y trabajadores migrantes, entre otros.

A lo largo del siglo XIX y principios del XX, sin embargo, la búsqueda de una organización defensiva en el puesto de trabajo produjo periódicamente oleadas de lucha de masas que anularon o debilitaron temporalmente algunas de estas divisiones y condujeron a la formación de una sucesión de organizaciones económicas de la clase obrera abiertamente unitarias. Pero hasta la década de 1930 –y entonces sólo bajo las circunstancias peculiares que analizaré más tarde– no surgió ninguna dinámica comparable en el plano político. Los sectores más victimizados y privados del derecho al voto de la clase obrera tuvieron que buscar la igualdad política mediante sus propios esfuerzos y, por lo general, a través de su incorporación a la base polivalente y muticlasista de uno u otro partido capitalista. Para turbación de muchos marxistas y deterministas económicos de la escuela beardiana¹⁸, todos los análisis recientes de las pautas del voto de masas en Estados Unidos entre 1870 y 1932 han corroborado la persis-

¹⁸ Charles BEARD, en su libro *An Economic Interpretation of the Constitution* (1913), intentó explicar la Constitución estadounidense como un documento derivado de los intereses económicos y materiales de sus redactores. Este libro se convirtió en el más influyente jamás escrito en Estados Unidos. Beard contempló la lucha que rodeó a la redacción de la Constitución como un duro conflicto entre un partido popular partidario del papel dinero y los intereses agrarios, y un partido conservador centrado en las ciudades y defensor de los intereses financieros, mer-

tente primacía de las divisiones *etno-religiosas* como determinantes de la lealtad a los partidos y de las preferencias de voto¹⁹.

Es preciso examinar esta dialéctica contradictoria de unificación de clase/estratificación de clase, y la tendencia correspondiente a la bifurcación o desarticulación de la conciencia de clase en el puesto de trabajo y en el ámbito político, de manera más concreta dentro de los contextos específicos de las tres oleadas de lucha de masas que destacan como fases determinantes en la formación del proletariado industrial en Estados Unidos: (1) las primeras batallas por el sindicalismo y la reducción de la jornada laboral entre 1832 y 1860; (2) las volcánicas insurgencias obreras posbélicas de 1877, 1884-1887 y 1892-1896; y (3) la gran ola de huelgas de 1909 a 1922, interrumpida de manera meramente superficial por la recesión de 1914-1915.

Todas las periodizaciones son en algún sentido arbitrarias y corren el riesgo de ocultar importantes continuidades y conexiones causales, pero creo que estos tres periodos definen generaciones enteras de conciencia de clase conformadas por experiencias comunes de militancia económica, cada una de las cuales culminó en una crisis que planteó temporalmente la cuestión de la acción política independiente. El problema que se presenta es la consideración del papel que desempeñaron el racismo y el autoctonismo como impedimento para que los trabajadores estadounidenses «aprovecharan la ocasión» en los puntos de inflexión fundamentales de la lucha de clases –sobre todo, 1856-1857, 1892-1896, 1912 y 1919-1924–, cuando la realineación política parecía más necesaria y posible.

Los obreros y la Guerra Civil

La larga década que media entre 1843 y 1856 fue el crisol de una mezcla explosiva de transformaciones socioeconómicas: el desarrollo de las indus-

cantiles y bursátiles. La interpretación de Beard ha sido objeto de una viva y sostenida crítica durante las últimas décadas que ha desmontado parte de sus razonamientos, a pesar de lo cual su influencia ha sido realmente notable y duradera. [N. de la T.]

¹⁹ Lee BENSON fue el primero en proponer interpretaciones etnoculturales del comportamiento electoral estadounidense en su obra revisionista más importante, *The Concept of Jacksonian Democracy: New York as a Test Case*, Princeton, 1961. El libro de reciente publicación más ambicioso en este género, que prepara una síntesis general y presenta una formidable recopilación de la última artillería cuantitativa, es la obra de Paul KLEPPNER, *The Third Electoral System, 1853-1892; Parties, Voters and Political Cultures*, Chapel Hill, 1979. Una aceptación crítica de las pruebas abrumadoras de la importancia de esta divisoria religiosa no implica, desde luego, una conformidad con la tendencia interpretativa de la «nueva historia política» a marginar la clase como factor de la historia estadounidense. Con independencia de sus pretensiones teóricas, la actual producción de estudios electorales históricos no hace sino infligir un daño fatal al anterior cálculo Turner-Bread de los «grupos de interés económico». En lugar de disipar la presencia de la lucha de clases en el centro del escenario, estos estudios se limitan a retar a los marxistas a teorizar con más rigor la *refracción* de las diferencias de clase a través del singular prisma etno-religioso estadounidense. Cfr. Paul E. JOHNSON, *A Shopkeepers' Millennium*, Nueva York, 1978 y James E. WRIGHT, «The Ethno-cultural Model of Voting: A Behavioural and Historical Critique», en Allan Bogue (ed.), *Emerging Theoretical Models in Social and Political History*, Beverly Hills, 1973.

trías mecanizadas de bienes de consumo en Nueva Inglaterra, la rápida capitalización de la agricultura del Medio Oeste y la adquisición de la vertiente pacífica y del Sudoeste, así como el auge intermitente y las exigencias expansionistas del «rey algodón». Fue también una época de compleja transición en la estructura social. Las nuevas ciudades y poblaciones del Oeste seguían proporcionando hasta cierto punto la famosa «válvula de escape» de la movilidad social, pero las ciudades fabriles y las grandes ciudades portuarias del litoral oriental daban fe del endurecimiento de las líneas de clase y de la restricción de las oportunidades para la independencia económica. La clase obrera artesanal tradicional, con sus límites vagos y fluidos con la pequeña burguesía, había quedado suplantada en parte por dos nuevos estratos de trabajadores: en primer lugar, el proletariado fabril emergente, enraizado en las industrias del calzado y el textil de Nueva Inglaterra, y, en segundo lugar, los ejércitos nómadas de fuerza de trabajo fundamentalmente inmigrante que se desplazaba a lo largo de la superficie de un Norte constructor de ferrocarriles y excavador de canales.

En el *Sturm und Drang* de la infancia obrera, las nostalgias románticas de idilios imaginarios pasados coexistían con indicaciones realistas de futuro. Una y otra vez, de acuerdo con una pauta que se repetiría casi hasta las vísperas del siglo xx, el movimiento obrero se desvió a causa de entusiasmos utópicos por panaceas monetarias o por sistemas de tierras libres que harían retroceder el industrialismo y reinstaurarían un «orden social republicano», idealmente armonizado, de pequeños productores. Al mismo tiempo, no obstante, militantes más realistas, percibiendo la inevitabilidad del cambio económico e influidos por el modelo de los obreros británicos, empezaron a prepararse para la larga lucha. A partir de mediados de la década de 1830, los trabajadores de oficio contratados diariamente [*journeymen*] de las grandes ciudades portuarias comenzaron a hacer valer sus intereses económicos separados, organizando sus propias sociedades benéficas y sus primeros sindicatos. A lo largo de las siguientes dos décadas, el centro de gravedad de este movimiento sindical empezó a desplazarse bien hacia los trabajadores cualificados de las nuevas industrias mecanizadas, como los hiladores de algodón y los zapateros, bien hacia los oficiales que construían las máquinas, como los mecánicos especializados, los pudeladores de hierro y los moldeadores. Por desgracia, sus esfuerzos no se vieron recompensados por muchos éxitos estables: la amplia agitación por la jornada de diez horas de la década de 1840 tuvo su auge y su caída, una primera generación de sindicatos desapareció durante el Pánico de 1837, una segunda, durante la Crisis de 1857 y, por último, en vísperas de la Guerra civil, el sindicato más poderoso de Norteamérica —la New England Mechanics' Association [Asociación de Mecánicos de Nueva Inglaterra] (zapateros)— fue aplastado tras una larga huelga.

Más importantes que este flujo y reflujo, sin embargo, fue la persistencia del residuo de la conciencia y unidad de clase embrionarias y el modo en que el «laborismo» emergente se adecuó a la coyuntura política global. Tal y como he apuntado ya, la era jacksoniana había asistido al ascenso den-

tro de las clases trabajadoras de una conciencia de la incompatibilidad de las grandes concentraciones de capital con el mantenimiento del igualitarismo. Esta conciencia no se vio disipada más que parcialmente por las ocurrencias utópicas y por los distintos *booms* del Oeste. Hacia finales del segundo mandato de Jackson, por ejemplo, los «workies» de Nueva York se resucitaron a sí mismos como la insurrección «*locofoco*»²⁰ dentro del Partido Demócrata. Aunque el *locofocoismo* representaba la incorporación de los movimientos de «trabajadores» anteriormente independientes al sistema regular de partidos, también logró una espectacular reorientación de los dos partidos existentes hacia «los obreros» como bloque creciente de electores. El intento del presidente Van Buren –sucesor elegido por Jackson y héroe de los *locofocos*– de instaurar una jornada laboral de diez horas para los empleadores federales fue una concesión simbólica a este nuevo poder.

Además, en la década de 1850 se daban una serie de condiciones susceptibles de provocar una cristalización nueva y más coherente de la identidad política de la clase obrera. En muchas ciudades manufactureras, el declive del artesanado autónomo se había consumado prácticamente y los contornos de la nueva estructura de clase se estaban haciendo cada vez más claros e inquietantes. Así, en su meticuloso estudio de la industrialización de los oficios de Newark entre 1800 y 1860, Susan Hirsch recalca que la década de 1850 fue el momento clave en el que la movilidad interclasista desapareció y «quedó fijada la pertenencia a las clases»²¹.

Coincidiendo con esta consolidación de las divisiones de clase, se produjo la irrupción de nuevos temas ideológicos en la política nacional y el desmoronamiento de las viejas alianzas de clase. En 1857, justo cuando el viejo sistema de partidos se estaba descomponiendo en el contexto de una guerra de guerrillas en Kansas, una grave crisis económica trajo desempleo masivo y disturbios industriales a las ciudades del norte del país. Parecería que esta coyuntura de crisis económica y política habría ofrecido una oportunidad propicia a los obreros estadounidenses, o por lo menos a sus destacamentos avanzados, para proyectar su propio liderazgo en el escenario político. En particular, parecería que habría sido el momento de reunir facetas separadas de la reforma democrática uniendo el tema doble de la esclavitud de seres humanos y la esclavitud salarial.

²⁰ Ala radical del Partido Demócrata organizada en la ciudad de Nueva York en 1835. Estaba compuesta por trabajadores y reformistas que se oponían a los bancos, los monopolios, las tarifas y los intereses especiales. Su nombre deriva del uso de cerillas, conocidas como *locofocos*, que los radicales utilizaron para encender velas cuando los representantes oficiales del Partido Demócrata intentaron expulsarlos de una reunión que se celebraba en el Tammany Hall apagando las lámparas de gas. Aunque nunca llegaron a ser un partido nacional, los *locofocos* alcanzaron su punto de influencia máxima cuando el Congreso aprobó la Independent Treasury Act (1840), que consagró el objetivo fundamental de esta agrupación política: la completa separación del gobierno y el sistema bancario. Fueron reabsorbidos por el Partido Demócrata a lo largo de la década de 1840. [N. de la T.]

²¹ Susan E. HIRSCH, *Roots of the American Working Class*, Filadelfia, 1978, p. 79.

Realmente, el concepto de un *aboliconismo obrero* de estas características existía. Albert Brisbane, Robert Owen, Wendell Phillips y Frederick Douglas lo adoptaron, Marx y Engels lo animaron desde el otro lado de los mares y algunos obreros militantes intentaron llevarlo a cabo. Pero resultó ser una cruzada que nació abortada. Pese al espectacular crecimiento del proletariado fabril y a la agudización de la lucha de clases económica, en la década de 1850 no surgió ningún *workingmen's party* nuevo ni ninguna nueva insurrección locofoquista para constituir un «ala obrera» de la coalición Lincoln. Y en ausencia de una corriente antiesclavista de la clase obrera, los obreros perdieron la oportunidad de forjar sus propios lazos de unidad con las masas negras del Sur o de crear su propia tradición política democrático-revolucionaria.

La incapacidad de los obreros de convertirse en un actor político independiente en la mayor crisis nacional de la historia estadounidense se debió, en parte, al hecho de que el proceso inicial de industrialización había tendido a *fragmentar y no a unificar* a la clase obrera. Los «workies» de 1829-1834 pudieron hacer uso del carácter común de su cultura artesanal y de una tradición combinada de nacionalismo democrático-protestante. En las décadas siguientes, sin embargo, tres poderosas fuerzas centrífugas intervinieron para hacer pedazos el movimiento obrero justo cuando la Revolución industrial estadounidense estaba llegando a su momento de despegue.

La frontera urbano-industrial

La primera fuerza fue el propio carácter desigual del proceso de industrialización y proletarianización en un escenario estadounidense en el que el crecimiento económico se producía no sólo a través de la intensificación concéntrica en torno a núcleos originales, sino también, y en especial, a través de una sucesión de desarrollos sectoriales. Las nuevas ciudades industriales del Oeste (por ejemplo, Pittsburgh, Cincinnati y Chicago después de 1850) se levantaron prácticamente de la noche a la mañana, con poca continuidad con las tradiciones o las relaciones sociales preindustriales²². Esta «ciudad boom» característica de la industrialización estadounidense supuso que el movimiento obrero en Estados Unidos, con la excepción parcial de los valles de Nueva Inglaterra y las viejas ciudades portuarias del Este, surgiera sin esas profundas raíces en la resistencia artesanal al industrialismo que muchos historiadores han subrayado como factor determinante en la formación del sindicalismo militante y la conciencia de la clase obrera. Además, esta frontera urbano-industrial en expansión —y no la frontera agraria turneriana—, con sus oportunidades constantemente repuestas para la acumulación empresarial a pequeña

²² «En la mayoría de las regiones industriales al oeste de los Alleghenies, la ciudad no precedió a la fábrica; la fábrica construyó la ciudad», R. H. TAWNEY, *The American Labour Movement and Other Essays*, Londres, 1979, p. 57.

escala, proporcionó sustento material para las ideologías pequeñoburguesas de movilidad individual que se apoderaron de las mentes de tantos trabajadores estadounidenses. Los trabajadores descualificados estadounidenses –en mayor medida que los obreros en las naciones industriales europeas– podían votar con sus pies contra las condiciones laborales opresivas, al convertirse la movilidad geográfica, con demasiada frecuencia, en un sustituto de la acción colectiva.

Autoctonismo y división cultural del proletariado estadounidense

La segunda influencia centrífuga –y decididamente el obstáculo más catastrófico para la unidad obrera en la década de 1850– fue la reacción de los obreros autóctonos ante la llegada de varios millones de trabajadores irlandeses y alemanes empobrecidos que aparecieron en avalancha tras las pésimas cosechas de la década de 1840 registradas en Europa. Estos nuevos inmigrantes proporcionaron fuerza de trabajo barata para el crecimiento de las fábricas de Nueva Inglaterra, así como ejércitos de músculo puro para los ferrocarriles del Oeste y las cuencas mineras de Pensilvania. Se encontraron con la hostilidad universal de la clase obrera autóctona, que se amotinó contra ellos, les expulsó de los puestos de trabajo, les negó la admisión en los sindicatos e intentó excluirles del derecho al voto²³. En parte enraizada en rivalidades puramente económicas suscitadas en el mercado laboral (aunque la historiografía obrera moderna ha extirpado el manido y viejo mito de que los irlandeses llegaron a las fábricas textiles de Nueva Inglaterra como esquiroleros), la polarización *yankee-versus*-inmigrante en el seno de la clase obrera reflejaba también un profundo antagonismo cultural que obstaculizaría los esfuerzos de unidad obrera durante más de un siglo. Resultaría fácil definir esta divisoria como una oposición persistente entre trabajadores protestantes-autóctonos y católicos-inmigrantes; sin embargo, esta antinomia no capta suficientemente los complejos matices de cómo, por un lado, la religión, la etnicidad y las costumbres populares se concatenaban en dos sistemas rivales; o de cómo, por otro lado, éstas se integraban en la matriz de una cultura burguesa estadounidense global y muy peculiar.

De hecho, la paradoja central de la cultura estadounidense es que, aunque Engels estaba en lo cierto cuando la calificó de la «cultura burguesa más pura», Marx estaba igualmente en lo cierto cuando observó que «Norteamérica es fundamentalmente el país de la religiosidad»²⁴. En ausencia de una iglesia estatal o de una jerarquía aristocrática, la secularización no constituía un requisito del liberalismo y Estados Unidos no experimentó el tipo de «revolución cultural» representada por el anticlericalismo jacobino en Europa. Tampoco desarrolló la clase obrera estadounidense las tradiciones

²³ La inmigración de católicos irlandeses se remontaba a finales de la década de 1820. A finales del periodo jacksoniano, ya se registraron ataques contra conventos en Boston y disturbios entre tejedores autóctonos de telares manuales y sus rivales irlandeses en Filadelfia.

²⁴ Karl MARX, «On the Jewish Question», *Collected Works*, vol. 3, p. 151.

de racionalismo crítico y desafiante que resultaron tan vitales en el continente europeo para orientar al proletariado hacia el socialismo y establecer una alianza con la intelectualidad. En cambio, la Revolución industrial en Estados Unidos se produjo en estrecha relación con el fortalecimiento de las influencias religiosas sobre la cultura popular y la conciencia obrera²⁵.

El protestantismo, por ejemplo, no era sólo una religión mayoritaria en Estados Unidos antes de la Guerra civil; era directamente constitutivo del nacionalismo republicano popular. Tal y como Rhys Isaac y otros han mostrado, el apoyo popular a la Revolución americana fue el fruto de una «doble erupción ideológica», en tanto que la rebelión patriótica contra el Parlamento estaba legitimada por el auge de un evangelismo radical que traducía los «derechos del hombre» a través del idioma del protestantismo perfeccionista²⁶. Este «primer gran despertar» vino seguido de un «segundo», en la era jacksoniana, que proporcionó el caldo de cultivo para la incubación de una serie de cruzadas morales *yankees* que finalmente convergieron en el Partido Republicano de la década de 1850 (abolicionismo, tierra libre y antipapismo). Por un lado, este evangelismo contribuyó a fraguar una identidad nacionalista protestante *norteña* más incluyente y homogénea. Por otro, el renacimiento del pietismo constituyó un poderoso medio para la instauración de la hegemonía social de los nuevos capitalistas industriales. El moralismo religioso fue el arma más eficaz contra esos archienemigos de la disciplina industrial y de los grandes beneficios que eran el «alcoholismo, las vacaciones espontáneas y el desinterés por el trabajo»²⁷. Al igual que el análogo metodismo inglés, sin embargo, la religión evangélica podía ser un arma de doble filo y los trabajadores varones podían apropiarse de su lado igualitario para defender buenas justificaciones protestantes del sindicalismo y de la jornada de diez horas. Pero el hecho sobresaliente, en cualquier caso, es que los fuegos evangelistas estaban poniendo al rojo vivo el pietismo de la clase obrera *yankee* en el preciso momento en el que los inmigrantes católicos empezaban a inundar los mercados de trabajo del Este (los católicos estadounidenses se multiplicaron de 663.000 en 1840 a 3.103.000 en 1860).

²⁵ Es más, el poder de la religión en Estados Unidos todavía tiene que disminuir. Estados Unidos fue la única de las principales naciones industriales que experimentó un poderoso resurgimiento de la religión en el periodo de posguerra; la afiliación religiosa, de hecho, ha crecido a un ritmo constante a lo largo de todo el siglo xx, desde un 43 por 100 en 1910 a un 69 por 100 en 1960. De acuerdo con encuestas recientes, hay más de 45 millones de personas convertidas al protestantismo evangélico y al catolicismo carismático en el Estados Unidos de la actualidad. Sydney AHLSTROM, *A Religious History of the American People*, New Haven, 1972, pp. 951-952; también Jeremy RIFKIN (con Ted HOWARD), *The Emerging Order: God in an Age of Scarcity*, Nueva York, 1979.

²⁶ Rhys ISAAC, «Preacher and Patriots: Popular Culture and the Revolution in Virginia», en Alfred Young (ed.), *The American Revolution*, DeKalb, 1976, p. 130. También Michael Greenberg, «Revival, Reform, Revolution: Samuel Davis and the Great Awakening in Virginia», *Marxist Perspectives* (verano de 1980).

²⁷ Cfr. S. AHLSTROM, *A Religious History of the American People*, cit., pp. 844-845; P. E. Johnson, *A Shopkeepers' Millennium*, cit., pp. 135-137. También Ray Allen BILLINGTON, *The Protestant Crusade, 1800-1860*, Nueva York, 1938.

Los inmigrantes irlandeses de la generación de la hambruna y sus sucesores de después de 1850 estaban trayendo consigo a la «nación protestante más militante del mundo»²⁸ una variante muy específica y activa de catolicismo. Muchos historiadores obreros han caracterizado la religión de los inmigrantes como una institución quintaesencialmente conservadora, cuando no «feudal», que presentaba la «más profunda continuidad con las tradiciones del campesinado»²⁹. Pero tal opinión confunde la actitud ultramontana del catolicismo continental, indisolublemente ligada a la reacción metternicheana y a la defensa desesperada de la realeza, con el catolicismo antimonárquico y prorrepblicano de los seglares irlandeses pobres. La religiosidad acérrima de los inmigrantes irlandeses en Estados Unidos era el fruto de una «revolución devocional» verificada en Irlanda que se produjo tras la derrota de la Revolución de 1789 y que estaba íntimamente asociada al movimiento de emancipación católico de Daniel O'Connell³⁰. Además, la amplia mayoría de los inmigrantes irlandeses tenía poco de campesina en cualquier sentido riguroso del término; más bien, eran aparceros, arrendatarios de tierras poco rentables, jornaleros agrícolas y peones camineros y de la construcción estacionales que huían de las consecuencias genocidas del subdesarrollo colonial. Su religión reavivada se fundía con un nacionalismo republicano que tenía implicaciones políticas muy distintas de las de la piedad católica en el contexto francés o español.

La cuestión crucial es que la Iglesia católica estadounidense que estos inmigrantes irlandeses en gran medida crearon y dominaron se encontraba, de acuerdo con cualquier estimación comparativa, en la vanguardia de la adaptación a la sociedad capitalista liberal. En particular, sus lazos simbióticos con el renaciente catolicismo irlandés la proveyeron de la doble tradición de un clero plebeyo (de hecho, de clase obrera: en la década de 1940, el arzobispo Cushing podía jactarse en un encuentro del Congress of Industrial Organizations [CIO, Congreso de Organizaciones Industriales] de que «ni un sólo obispo ni arzobispo de la jerarquía estadounidense era hijo de un licenciado universitario»)³¹ y de una apertura a la ideología democrática a través de la original fusión de religión y nacionalismo irlandés. Enfrentada en la década de 1880 al envite de los Knights of Labour [Caballeros del Trabajo], fue también la primera iglesia católica nacional en asumir un papel intervencionista en el movimiento obrero, manteniendo su dominio ideológico a través del patrocinio de un ala antirradical de derechas en los sindicatos³².

²⁸ P. E. Johnson, *A Shopkeepers' Millennium*, cit., nota de contraportada.

²⁹ Stanley ARONOWITZ, *False Promises*, Nueva York, 1973, p. 167.

³⁰ Cfr. Emmet LARKIN, «The Devotional Revolution in Ireland, 1850-1875», *American Historical Review*, junio de 1972; Bruce Francis BIEVER, S. J., *Religion, Culture and Values*, Nueva York, 1976.

³¹ S. Ahlstrom, *A Religious History of the American People*, cit., p. 1007.

³² La hegemonía del ala «moderna» del catolicismo estadounidense no se afianzó sino a través de una constante lucha interna y sería un error subestimar el poder de la jerarquía conservadora en cualquier momento particular de su historia. No obstante, los «americanizadores», con su capacidad de adaptación, fueron los verdaderos pioneros de la inserción social

La inteligencia del catolicismo estadounidense, que ya se hacía evidente en la década de 1850, estribó en su capacidad para funcionar como un aparato de aculturación de millones de migrantes católicos en la sociedad capitalista liberal estadounidense, al mismo tiempo que abría su propia esfera de hegemonía subcultural a través de un sistema a la postre enorme de escuelas parroquiales y de asociaciones católicas (o católicas y étnicas a la vez). Este proyecto histórico único enredó a la Iglesia estadounidense en batallas concurrentes tanto contra los intransigentes del Vaticano, que se oponían al acercamiento a la «modernidad», como contra la corriente dominante del protestantismo estadounidense, que temía que la herencia de los primeros colonos estuviera amenazada de muerte por los males gemelos (e interrelacionados) del «ron y el romanismo».

La precisión importante, por lo tanto, es que no fue sólo la inmigración, ni siquiera la inmigración católica, *per se* la responsable de la descomposición de la homogeneidad cultural de la clase obrera nortea; sino, más bien, la formación, desde finales de la década de 1840 en adelante, de *dos subculturas corporativistas*, organizadas de acuerdo con una divisoria cultural que funcionaban a través de una enorme colección de instituciones y movimientos (que iban de la Women's Christian Temperance Union [Unión Antialcohólica Cristiana de Mujeres] a los Knights of Columbus [Caballeros de Colón]). Además, cada uno de estos grandes bloques cultural-religiosos abarcaba una miríada de subalineaciones étnicas, confesionales y sectoriales que, a su vez, tenían sus propias esferas de autonomía relativa³³. Las diferencias radicales existentes entre los universos sociales y culturales de los trabajadores estadounidenses y los de la mayor parte de los trabajadores de Europa occidental no residía en la presencia de una división étnica o religiosa, sino en la manera en la que la multiplicidad de tales diferencias se agregaba y contraponía a escala nacional de acuerdo con un eje único etno-cultural. Los complejos institucionales del «autoctonismo protestante» y del «catolicismo» activaban una complicada mediación entre particularismos étnicos y lingüísticos, por un lado, y el marco general de la cultura bur-

y política de la Iglesia en la vida estadounidense. En ocasiones, fueron también catalizadores del cambio en la iglesia a escala mundial. Así pues, la batalla del cardenal Gibbons y de los americanistas contra los reaccionarios eclesiásticos en torno a la cuestión de los Caballeros del Trabajo preparó el terreno para la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII publicada en 1891, que dio lugar a una «tregua» entre el Vaticano y los movimientos liberal y obreiro. En este sentido, la «democracia cristiana» nació en Estados Unidos. Cfr. Henry J. BROWNE, *The Catholic Church and the Knights of Labor*, Washington DC, 1949.

³³ La etnicidad en Estados Unidos es, desde luego, tal y como han subrayado Glazer y Moynihan, «una nueva forma social» y no un mero «vestigio de la época de la inmigración en masa». Nathan GLAZER y Daniel PATRICK MOYNIHAN, *Beyond the Melting Pot*, Cambridge (MA), 1963, p. 16. Agregaría, además, que para entender cómo se cohesionan y reproducen las etnicidades, resulta fundamental referirse al equilibrio global de alineaciones de clase, religiosas, étnicas y raciales. De este modo, en reacción a la inmigración de católicos irlandeses, los protestantes irlandeses se convirtieron rápidamente en «escoceses-irlandeses». Más adelante, distintas comunidades de serbios, croatas, eslovenos, eslovacos, polacos y magiares —obligados a juntarse contra la discriminación y la explotación— aceptaron determinada comunidad étnica como «*bunkies*» [literalmente: «macizos»], pese a sus tradicionales divisiones y antagonismos. Cfr. Josef J. BARTON, *Peasants and Strangers*, Cambridge (MA), 1975, p. 20.

guesa nacional, por otro³⁴. Aunque en cierto sentido eran agentes análogos de *aculturación* (las escuelas católicas impartían el nacionalismo estadounidense y el respeto por la propiedad privada con igual eficacia que las escuelas públicas de dominancia protestante), constituían también estructuras antagonistas de *asimilación* (los grupos étnicos tendían a formar alianzas en función de ejes confesionales, la exogamia étnica mantenía la endogamia desde el punto de vista religioso, etc.).

Esta división cultural se reprodujo en el plano político en la década de 1850. La reestructuración del sistema de partidos que tuvo lugar después de 1854 fue un reflejo tanto de la polarización sectorial creciente como de la nueva profundización de las divisorias etno-religiosas dentro de la clase obrera. Así pues, el autoctonismo de la clase obrera contribuyó a la formación del Partido «Americano» o «de los ignorantes»³⁵, virulentamente anticatólico y antiinmigrantes, que durante un tiempo se convirtió en uno de los movimientos por un tercer partido más eficaces de la historia estadounidense. Hacia mediados de la década, la mayoría de los Ignorantes se fundieron con el Free-Soil Party [Partido por la Tierra Libre] y con un ala del Partido *Whig*, que se estaba desintegrando, para constituir el nuevo Partido Republicano. El ascenso de los republicanos representaba claramente el triunfo de los estratos de pequeños capitalistas *yankees* más agresivos y el programa del partido era una fascinante síntesis de moralismo protestante, nacionalismo centralizador y capitalismo empresarial idealizado. Irónicamente, el grito de batalla republicano de «trabajo libre» no tenía nada que ver con los derechos de la fuerza de trabajo colectiva, sino que evocaba el sueño de huida del trabajo asalariado a través de la movilidad individual³⁶.

En reacción a todo ello, los inmigrantes católicos se vieron empujados a entrar en el Partido Demócrata, que ofrecía una tolerancia de tipo *laissez-faire* de la diferencia religiosa y cultural. La consiguiente escisión política de la clase obrera se mantuvo hasta las vísperas del *New Deal* y sus consecuencias fueron devastadoras para el desarrollo de la conciencia de clase. Por un lado, los trabajadores protestantes autóctonos se reunieron bajo el liderazgo de sus propios patrones y explotadores, mientras que los inmigrantes católicos forjaron una alianza bastarda con la reacción sureña³⁷.

³⁴ Para algunos historiadores políticos, sin embargo, la antinomia más relevante se sitúa entre «pietista» y «liturgista», puesto que los luteranos alemanes de la Alta Iglesia, afincados en el Medio Oeste, solían alinearse con los católicos irlandeses y alemanes contra el antialcoholismo y en pro de la educación parroquial. Cfr. P. KLEPPNER, *The Third Electoral System, 1853-1892; Parties, Voters and Political Cultures*, cit., p. 363.

³⁵ *Know-Nothing* en el original. El *American Party* tuvo su origen en una sociedad patriótica secreta llamada *Order of the Star-Spangled Banner* [Orden de la Bandera Estrellada]. Sus miembros estaban obligados a mantener todos los aspectos de la Orden en secreto y, cuando se les preguntaba sobre sus objetivos u otros particulares, contestaban «*I know nothing*» [no sé nada]. De ahí que el Partido también fuera conocido como el *Know-Nothing Party* o Partido de los Ignorantes. [N. de la T.]

³⁶ Cfr. ERIC FONER, *Free Soil, Free Labor, Free Men: The Ideology of the Republican Party Before the Civil War*, Nueva York, 1970.

³⁷ En su conocido estudio de Lynn, Massachusetts, como «microcosmos» de la revolución industrial en Estados Unidos, Alan Dayley reduce el énfasis en las divisiones etno-religiosas dentro

Racismo: el tema unificador

Esta descripción de la clase obrera en la década de 1850 quedaría incompleta si no analizáramos una tercera fuerza divisora: el racismo. La democracia estadounidense fue, después de todo, el caso más espectacularmente exitoso de colonialismo por asentamientos [*settler-colonialism*] y la condición correlativa del «tierra libre, trabajo libre» fue el exterminio genocida de la población indígena. Es más, tal y como observó Tocqueville, el Norte prebélico fue más venenosamente antinegro, si cabe, que el Sur.

Un racismo blanco ya consolidado, relacionado con el mito de una futura inundación negra de los mercados laborales del norte del país, llevó a la mayoría de hombres trabajadores autóctonos a oponerse a la igualdad social y al sufragio para los libertos negros. De Boston a Cincinnati, periódicamente, las clases bajas blancas se amotinaban, atacaban a las comunidades de libertos, acosaban a los abolicionistas e imponían barreras raciales en sus oficios. En las décadas de 1820 y 1830, los negros del norte del país fueron excluidos en todas partes de la universalización del sufragio masculino y en vísperas de la Guerra civil sólo cuatro Estados de la Unión habían concedido a los libertos un sufragio que, por otro lado, era todavía restringido³⁸. Además, el ascenso del Partido Republicano y la enorme oposición nortea a la *extensión* de la esclavitud no ayudaban mucho a cambiar estos prejuicios. El joven Partido Republicano esquivaba con cuidado o se oponía abiertamente a la integración de los negros en la sociedad nortea; la deportación a África, de hecho, era la solución preferida. Aunque hubo segmentos de la clase obrera blanca autóctona, en especial en Nueva Inglaterra, que con el tiempo adoptaron el abolicionismo, siguieron siendo una minoría cuya oposición a la esclavitud estaba la mayoría de las veces enmarcada en una ideología religiosa pietista y no en un análisis político claro de la relación entre el capitalismo y la esclavitud. Por

de la clase obrera como una de las causas de la derrota de la conciencia de clase en la década de 1850. En cambio, este autor sostiene que fue el «ritmo de los acontecimientos» —en concreto, el impacto nacionalista de la Guerra Civil en el contexto de un profundo compromiso con el sufragio democrático— el responsable de la inclusión política de la clase obrera autóctona dentro del Partido Republicano. No obstante, tal y como admite Dawley, Lynn era muy atípico, al tener «una proporción mayor de trabajadores autóctonos que casi cualquier otro gran centro manufacturero del Estado». Si Dawley hubiera elegido otro «microcosmos», es posible que hubiera sacado conclusiones diferentes; como hizo Susan Hirsch, por ejemplo, en su estudio de cómo los conflictos etno-religiosos en el Newark prebélico «arruinaron» el orden social en la década de 1850 y dividieron fatalmente a los artesanos en «guetos étnicos» rivales. Alan DAWLEY, *Class and Community: The Industrial Revolution in Lynn*, cit., pp. 238-239; y Alan DAWLEY y Paul FALER, «Working-class Culture and Politics in the Industrial Revolution: Sources of Loyalty and Rebellion», en Milton Cantor (ed.), *American Working Class Culture*, Westport, 1979, pp. 70-71; S. E. Hirsch, *Roots of the American Working Class*, cit., pp. 106-107, 120-123.

³⁸ En el momento en el que estalló la Guerra Civil, sólo cuatro Estados permitían votar a los negros: New Hampshire, Vermont, Massachusetts y Nueva York; y sólo en Nueva York llegaban éstos a representar un 1 por 100 de la población. Había 149 negros en New Hampshire; 194 en Vermont. En la práctica, pocos podían votar en Massachusetts, debido a la prueba básica de lectura y escritura, o en Nueva York, a causa del requisito de propiedad, aplicable sólo a los negros. E. M. Sait, *American Parties and Elections*, cit., p. 42.

desgracia, las voces de la clase obrera más articuladas y que se escuchaban de manera más generalizada eran las de «líderes obreros» y radicales jacksonianos descontentos como Orestes Brownson o George H. Evans que, bajo la apariencia de una política de clase, defendían una alianza de los obreros nortños con los dueños de esclavos contra el «capital».

Entre el proletariado inmigrante, por otro lado, un sector de los trabajadores alemanes tenía una interpretación más o menos revolucionaria de las implicaciones políticas de la crisis de la esclavitud para el futuro de los obreros estadounidenses. Éstos intentaron recabar apoyos para el abolicionismo y denunciaron los esfuerzos de demagogos proesclavitud como Herman Kriege y el *New York Staats-Zeitung*. Pero estos «rojos del 48»³⁹ –incluido el vanguardista «Club Comunista» de Nueva York– estaban guetizados a causa de la lengua y de su falta de comprensión de la cultura de los obreros estadounidenses. Sus esfuerzos heroicos apenas surtieron efecto en la corriente mayoritaria del movimiento obrero.

Los buenos ciudadanos de Pensilvania

En cuanto a los irlandeses (que constituían ya el grueso de la clase obrera descalificada), en la década de 1840 William Lloyd Garrison había iniciado una atrevida estrategia para la construcción de una alianza entre el abolicionismo y el movimiento contemporáneo en Irlanda en pro de la revocación de las leyes anticatólicas. A diferencia de otros abolicionistas, Garrison apoyaba con sinceridad a los irlandeses y creía que se podía conseguir que los seguidores inmigrantes de Daniel O’Connell en Estados Unidos se sumaran a un frente unido beneficioso para ambas partes. En respuesta a las solicitudes de Garrison, el «Gran Libertador» (como se conocía popularmente a O’Connell) hizo pública una serie de enérgicos llamamientos a la solidaridad irlandesa con el abolicionismo: «no quiero ayuda estadounidense que llegue del otro lado del Atlántico manchada de sangre negra»; «Sobre el ancho Atlántico, tiendo mi voz para decir: salid de esa tierra, irlandeses, o, si os quedáis, y osáis consentir el sistema de la esclavitud [...], ya no os reconoceremos como irlandeses»⁴⁰.

O’Connell recibió un torrente de contestaciones airadas de Repealers [Revocadores] estadounidenses criticando su apoyo a los negros. Una de las cartas llegó de una asamblea de mineros irlandeses de Pensilvania. Después de denunciar su discurso como una «falsificación» y advirtiendo que nunca aceptarían a los negros como «hermanos», los mineros agregaban: «no formamos una clase distinta de la comunidad, sino que nos consideramos en todos los sentidos como CIUDADANOS de esta gran REPÚBLICA gloriosa y esti-

³⁹ «Red 48» en el original: nombre por el que se conocía en el mundo anglófono a los veteranos de la Revolución alemana de 1848. [N. de la T.]

⁴⁰ Gilbert OSOFSKY, «Abolitionists, Irish Immigrants and the Dilemmas of Romantic Nationalism», *American Historical Review* (octubre de 1975), p. 905.

manos todo intento de dirigirse a nosotros en particular, y no como CIUDADANOS, respecto al tema de la abolición de la esclavitud, o respecto al tema que sea, vil e injusto, proceda del rincón que proceda»⁴¹. La negativa expresada por los mineros irlandeses desde un pozo infernal de antracita de la Pensilvania oriental no sólo a solidarizarse con los esclavos, sino a aceptar la insinuación –ni siquiera de su propio héroe nacional– de que en Estados Unidos eran algo menos que «CIUDADANOS» lo dice todo acerca del impacto ideológico del «excepcionalismo» estadounidense y de las dificultades de la construcción de un movimiento obrero con conciencia de clase.

De modo que, pese a los esfuerzos conjuntos de Garrison y O’Connell, el abolicionismo no consiguió mover en absoluto a los estratos más explotados y parias de la clase obrera del norte del país. Aunque los irlandeses se mantuvieron leales a la Unión durante la Guerra Civil (algunos como republicanos, la mayoría como «demócratas de la Unión»), el racismo antinegro creció a medida que el aumento del coste de vida se combinaba con un sistema de reclutamiento condicionado por la clase para incrementar todavía más las miserias de los guetos inmigrantes y alimentar la percepción distorsionada de que «los negros tenían la culpa». El gran *Draft Riot* de 1863⁴² –los disturbios civiles más sangrientos de la historia estadounidense– mostró la conciencia esquizofrénica de los inmigrantes pobres: su odio a los ricos de medias de seda y su idéntico rencor contra los negros. Aunque se han hecho intentos de racionalizar los ataques sádicos de los irlandeses contra los libertos como consecuencia de una rivalidad desesperada por los puestos de trabajo descualificados entre ambos grupos, este análisis ha perdido terreno ante las pruebas crecientes de que, por entonces, ya se había excluido a los negros de la mayoría de las categorías de trabajo manual y de que la «amenaza» de competencia era por completo unilateral y se dirigía, de hecho, *contra* los negros⁴³. En cambio, quizá hay que entender el racismo de los irlandeses como parte integrante de su «americanización» rápida y defensiva en un contexto social donde cada cultura de clase corporativista (autóctono-protestante *versus* inmigrante-católica) reflejaba fielmente a través del prisma de sus propios valores particulares el unificador credo colono y colonial que les convertía a todos en «CIUDADANOS».

Los obreros y el populismo

La crisis económica de principios de la Guerra Civil, y la ofensiva por parte de los empleadores que la acompañó, socavó la mayoría de los sin-

⁴¹ *Ibid.*, p. 902.

⁴² Literalmente, *Disturbios por el reclutamiento*: gran revuelta que se produjo en la ciudad de Nueva York a raíz del profundo descontento obrero por el tipo de reclutamiento discriminatorio impuesto en los Estados de la Unión durante la Guerra Civil. [*N. de la T.*]

⁴³ «Los antiguos patrocinos, gracias a los cuales los hombres de color obtenían el sustento, están pasando a otras manos de manera rápida, creciente e inevitable; cada hora, un hombre negro se ve apartado de su empleo por un inmigrante recién llegado, cuyo hambre y cuyo color se piensa que le dan más derecho a un puesto; y así creemos que seguirán las cosas hasta que se nos quite el último apoyo bajo los pies», *Frederick Douglass's Paper*, 4 de marzo de 1853.

dicatos que quedaban. Pero cuando surgió un nuevo sindicalismo al final de la guerra, la base de acción común entre autóctonos e inmigrantes se había reforzado, gracias a las experiencias y sacrificios compartidos en el campo de batalla. Aproximadamente entre 500.000 y 750.000 trabajadores, casi la cuarta parte del proletariado masculino, luchó a favor de la Unión; dado el sistema de reclutamiento discriminatorio, un porcentaje desproporcionado eran inmigrantes irlandeses y alemanes. Además, durante la expansión industrial que empezó en 1863 y duró hasta 1873, muchos trabajadores inmigrantes empezaron a salir del gueto de puestos de trabajo descualificados al que habían sido previamente confinados y a entrar en los oficios de la construcción, del metal y de otros sectores cualificados. Al mismo tiempo, nuevos vientos de revolución procedentes de Irlanda (el levantamiento feniano de 1867 y la Guerra del país de 1879-1882) y Alemania (el lassallismo y la lucha por el sufragio) estaban politizando a los trabajadores inmigrantes en una dirección más radical. Aunque tras la batalla de Appomattox se siguieron oyendo ecos violentos del conflicto etno-religioso prebélico (los «*Orange riots*» de Nueva York en 1869 y 1870⁴⁴, la sangrienta pelea entre mineros «hibernianos»⁴⁵ y británicos en las cuencas mineras de Pensilvania), la tendencia fundamental de las luchas obreras de la generación posbélica se orientó hacia la creciente unidad de la clase obrera en el puesto de trabajo y hacia la búsqueda de formas más eficaces de solidaridad y de organización sindical.

Las oleadas de huelga del siglo XIX

La Época Dorada⁴⁶ inauguró una era de industrialización a gran escala centrada en la consolidación de un mercado interno continental y en la mecanización creciente del sector de bienes de equipo de la economía. La expansión de la agricultura y los ferrocarriles del Oeste creó un apetito enorme de maquinaria y productos de hierro, satisfecho por el auge de un inmenso nuevo complejo industrial en torno a los Grandes Lagos. Hacia el final de la Reconstrucción⁴⁷, Chicago había superado a Manchester como la metrópoli manufacturera más grande del mundo, mientras que la clase obrera esta-

⁴⁴ Literalmente, *Disturbios naranjas*: violentos enfrentamientos entre irlandeses católicos y protestantes en la ciudad de Nueva York. A estos últimos se les conocía también como *orangemen*, por su pertenencia a la *Orange order*; creada para el mantenimiento de la influencia protestante entre los irlandeses y llamada así en honor a Guillermo de Orange, que derrotó al rey católico Jaime II en la batalla de Boyne en 1690. [N. de la T.]

⁴⁵ *Hibernians* en el original: sustantivo y adjetivo derivado del griego (*iverna*) y del celta antiguo (*ternē*) para designar a los oriundos de Irlanda y, en términos genéricos, todo lo procedente de esta área geográfica. [N. de la T.]

⁴⁶ *The Gilded Age*: expresión acuñada por el novelista Mark Twain para referirse a la aparentemente espectacular pero en realidad corrupta naturaleza de la sociedad estadounidense durante la intensa industrialización experimentada por la misma en las últimas décadas del siglo XIX. [N. de la T.]

⁴⁷ *Reconstruction*: periodo que media entre 1865 y 1877 durante el cual el Norte vencedor intentó resolver los diversos problemas derivados de la Guerra Civil (1861-1865) y de las consecuencias políticas, sociales y económicas provocadas por la misma. [N. de la T.]

dounidense había duplicado prácticamente su tamaño. Con todo, las industrias de producción en masa estaban todavía en su infancia y sólo un puñado de fábricas empleaba más de mil trabajadores. Los ferrocarriles, pues, eran únicos debido a la enormidad de su tamaño total, a sus recursos financieros y a sus vastas fuerzas de trabajo. La clase obrera ferroviaria, compuesta por un millón de hombres hacia finales de siglo y la única que poseía la capacidad de coordinar huelgas nacionales, se presentó como la «vanguardia social» de todo el proletariado estadounidense. No es casual que las luchas de clases de cada ciclo económico decenal entre 1870 y 1900 culminaran con huelgas nacionales en los ferrocarriles, respaldadas por la ruidosa solidaridad de cientos de miles, incluso millones, de trabajadores de otros sectores y de pequeños agricultores simpatizantes. La Gran Rebelión de 1877, las huelgas masivas contra la red ferroviaria de Jay Gould de 1885 y 1886 y la épica huelga de la Pullman (o «Rebelión de Debs») de 1894 fueron los puntos de destello de la lucha de clases en Estados Unidos a finales del siglo XIX.

Cada una de estas oleadas de huelga reforzaba los intentos de construir organizaciones obreras nacionales más ampliamente incluyentes. Ya en 1867, con la formación del efímero National Labor Union [Sindicato Obrero Nacional], el concepto de una federación de trabajadores unidos que integrara a trabajadores tanto autóctonos como de ascendencia inmigrante había empezado a recabar apoyo masivo. Durante las huelgas en los ferrocarriles de 1877, un movimiento anteriormente clandestino y poco conocido —que seguía el modelo de la masonería para protegerse de la represión de los empleadores— llamado los «Caballeros del Trabajo» salió a la luz como impulsor de las luchas en varios Estados. En 1885, los miembros de este movimiento que habían ido a la huelga en los ferrocarriles sudoccidentales derrotaron a Jay Gould, el magnate desaprensivo más poderoso y taimado de su tiempo. Como resultado de ello, trabajadores no organizados de todas partes acudieron a la Orden, cuyo número de miembros llegó a más de 700.000 en 1886. Al mismo tiempo, muchos sindicatos empezaron a afiliarse; mientras que, de los restantes, los más importantes —incluidas las cruciales hermandades ferroviarias— se vieron presionados por el sentimiento de sus bases a fusionarse con ellos. En un periodo en el que hasta los oficiales más cualificados tenían grandes dificultades para mantener su organización sindical frente a la hostilidad de los empleadores y la violencia estatal, se aceptaba de manera generalizada que sólo un movimiento vasto e incluyente de todo el proletariado constituiría un marco de solidaridad y apoyo mutuo lo suficientemente poderoso como para permitir el crecimiento y la supervivencia de los sindicatos integrantes. La estructura flexible de los Caballeros aseguraba este apoyo desarrollando una amplia gama de formas organizativas, basadas en los oficios (Asambleas Nacionales de Oficios), la industria (Asambleas Especiales) o la localidad (Asambleas de Distrito).

La visión social de los Caballeros

Aparte de la mera organización económica de las clases trabajadoras, sin embargo, los Caballeros aspiraban a una visión más profunda. Explotaban

las fuentes de distintas tradiciones obreras (fraternalismo, evangelismo, «igualdad de derechos» y mutualismo) para alimentar una red de asociación solidaria que unía puesto de trabajo y comunidad. Un inventario típico de organizaciones relacionadas con los Caballeros (en este caso, en el Detroit de 1885) incluiría: «sindicatos, asambleas de Caballeros del Trabajo, salas de reuniones de trabajadores, almacenes y fábricas cooperativas, periódicos obreros, asociaciones de canto, clubs sociales, organizaciones políticas y una milicia de trabajadores (!)»⁴⁸. Pero la invención que daba más claramente fe del proyecto de los Caballeros de fraguar una *sociedad civil proletaria paralela* era el «Tribunal» de los Caballeros del Trabajo. En su obra fundamental sobre los miembros y la organización interna de la Orden, Carlock proporciona una descripción de esta asombrosa institución:

Cada Asamblea Local tenía su propio tribunal, cuyos oficiales eran elegidos por el conjunto de miembros de la asamblea y en los que los Caballeros resolvían sus diferencias sin recurrir a los tribunales civiles. Los miembros se acusaban unos a otros no sólo de faltas al compromiso con la Orden tales como hacer de esquirolo o aceptar salarios por debajo de la norma, sino también de faltas al compromiso doméstico tales como pegar a la propia esposa y abandonar el hogar o de infracciones de las normas de conducta social tales como la intoxicación pública o el impago de las facturas de la pensión⁴⁹.

La cultura de clase embrionaria representada por los Caballeros no sólo trascendía un «puro y simple» economicismo sindical, sino que también proveía la primera alternativa a las subculturas etno-religiosas dominantes⁵⁰. Se ha calculado que entre 100.000 y 200.000 individuos prestaron sus servicios, en un momento u otro, como oficiales en tribunales o asambleas locales de los Caballeros; cualquier muestreo de los nombres pone de manifiesto la reconciliación histórica que la Orden consiguió entre trabajadores irlandeses, alemanes y autóctonos. Los Caballeros hicieron también el primer esfuerzo serio de organizar al proletariado femenino –nombrando a una mujer organizadora a tiempo completo– y un intento pionero, aunque vacilante, de integrar a los trabajadores negros⁵¹. De modo que, para el entusiasta Frederic Engels, cabía interpretar el desarrollo de los Caballeros nada menos que como el primer paso claro de la clase obrera estadounidense hacia su transformación en una «clase-para-sí»: «la primera organización

⁴⁸ R. Oestreicher, *Solidarity and Fragmentation: Working People and Class Consciousness in Detroit, 1877-1895*, cit., p. 123.

⁴⁹ Jonathan GARLOCK, *A Structural Analysis of the Knights of Labor: A Prolegomenon to the History of the Producing Classes*, University of Rochester, Tesis doctoral, 1974, p. 7.

⁵⁰ La unidad de los Caballeros resulta tanto más significativa en el contexto de un poderoso resurgimiento del anticatolicismo en la década de 1880, como reacción del pietismo ante el creciente índice de natalidad católico y la expansión del sistema escolar parroquial. Cfr. P. Kleppner, *The Third Electoral System, 1853-1892; Parties, Voters and Political Cultures*, cit., pp. 216-221.

⁵¹ J. Garlock, *A Structural Analysis of the Knights of Labor: A Prolegomenon to the History of the Producing Classes*, cit., p. 21.

nacional creada por la clase obrera estadounidense en su totalidad [...] el único vínculo nacional que los mantiene unidos, que hace que sientan su propia fuerza no menos que sus enemigos»⁵².

El principio de la solidaridad obrera adoptó un carácter milenario en las huelgas del ferrocarril y en las manifestaciones por la jornada de ocho horas de 1886, cuando la afiliación conjunta a los Caballeros y a los sindicatos alcanzó su cima del siglo XIX. El primer Primero de Mayo del mundo provocó una oleada espontánea de marchas masivas, paros y huelgas cuasi-generales de un mes de duración que culminaron en estallidos de violencia por todo el país, mientras los titulares de los periódicos preguntaban: «¿LA REVOLUCIÓN?». Sin embargo, tras la derrota de la tercera huelga contra Gould y la represión que siguió a la masacre de Haymarket⁵³, el vertiginoso crecimiento de los Caballeros se detuvo de manera repentina y, en una atmósfera de deterioro de las relaciones con los sindicatos y de vituperios internos contra el liderazgo de Powderly, la Orden empezó su largo deslizamiento hacia el olvido. La consiguiente fragmentación del movimiento obrero socavó también la supervivencia de los distintos «partidos obreros» locales que florecieron en el breve apogeo del poder de los Caballeros y de la unidad de la clase obrera entre 1885 y 1886.

El declive de los Caballeros

Las causas del declive de los Caballeros y de la erosión de sus redes culturales y políticas han sido durante mucho tiempo motivo de controversia historiográfica⁵⁴; sin saltar directamente a la palestra, merece la pena

⁵² Friedrich ENGELS, «The Labour Movement in America», prefacio a la edición estadounidense de *The Condition of the Working Class in England*, Moscú, 1977, p. 21.

⁵³ Los disturbios de Haymarket Square se produjeron los días 3 y 4 de mayo de 1886 en Chicago. El día 3 de mayo, durante la realización de una huelga en la McCormick Harvester Machine Company, una persona había sido asesinada y otras habían resultado heridas por la policía que intentaba proteger a los esquiroleros de los piquetes de los trabajadores. Esta huelga había sido convocada dentro de la campaña por el reconocimiento de la jornada de ocho horas, organizada por los sindicatos estadounidenses. Como respuesta a estos hechos, se convocó en Haymarket Square un mitin para protestar contra la violencia policial. El acto se desarrolló sin incidentes hasta que la policía intentó dispersarlo. En ese momento, alguien nunca identificado arrojó una bomba de dinamita que mató a siete policías e hirió a otros sesenta. A continuación, se intercambiaron disparos entre la policía y los manifestantes. Como consecuencia de todo ello, August Spies y otros siete líderes obreros anarquistas fueron acusados de asesinato, alegándose que habían organizado el atentado o ayudado al ejecutor desconocido del mismo; su vinculación con éste nunca fue demostrada. Spies y otros tres dirigentes obreros fueron ahorcados el 11 de septiembre de 1887; otro se suicidó y los tres restantes fueron perdonados en 1893 por el gobernador de Illinois, John Peter Altgeld. La clase obrera, salvo en Estados Unidos cuya fiesta del trabajo se celebra el primer lunes de septiembre, conmemora anualmente estos acontecimientos el Primero de Mayo. [N. de la T.]

⁵⁴ Las líneas de batalla historiográficas están trazadas más o menos del siguiente modo: aquellos formados en la tradición de «Wisconsin» de Commons y Perlman, con su convicción casi teleológica de que el «gomperismo» [véase la nota 63] era el destino natural de los obreros estadounidenses, han tendido a ver a los Caballeros como un sueño imposible: el último vitor de una vieja tradición utópica de reformas que se aferraba a una ideología sin

examinar varios factores que aparecerán en coyunturas posteriores persistentemente como obstáculos a la organización y a la conciencia de clase unitarias.

El poder de los Caballeros sobre el ferrocarril, por ejemplo, se vio socavado por la defección de los Ingenieros, cuya hermandad fue sobornada y mimada por los magnates del ferrocarril, que se habían captado perfectamente el poder único de este grupo de trabajadores para parar toda la economía. Después de 1885, los Ingenieros, bajo el protectorado de derechas del Gran Maestro Arthur, no volvieron nunca a ponerse en huelga ni a acudir en ayuda de compañeros ferroviarios. La deserción de la Hermandad de los Ingenieros presagiaba la expansión dentro del movimiento obrero de una contratendencia hacia una concepción estrecha y «aristocrática» de la organización.

Otro problema alumbrado por la crisis de los Caballeros fue el desarrollo de una simbiosis entre la dirección obrera y la maquinaria de patronazgo del Partido Demócrata. Los archivos de los Caballeros revelan una mansalva de protestas de las bases contra la manipulación de la Orden para reforzar carreras políticas individuales. El Maestro Obrero Powderly, alcalde demócrata de Scranton (PA) y después Comisionado de Inmigración (nombrado por los republicanos) no fue sino el más famoso de otros muchos ejemplos. De hecho, David Montgomery, al comparar las condiciones británicas y estadounidenses, ha sugerido que en este periodo «el elemento disuasorio más eficaz» para la maduración de la conciencia de clase y la creación de un partido obrero fue precisamente «la facilidad de la que los trabajadores estadounidenses accedían a cargos electos»⁵⁵. La cooptación individualizada de dirigentes obreros se vio facilitada por la revolución en el gobierno de las ciudades estadounidenses que se produjo en la década de 1880, cuando una pequeña burguesía candidata de extracción irlandesa –y, en ocasiones, alemana– empezó a quitarle el poder municipal a las viejas elites «brahmanes»⁵⁶. Empezando con las victorias de los candidatos irlandeses a la alcaldía de Nueva York (1880) y Boston (1884), los nuevos políticos generalizaron un modelo de correa política al estilo Tammany Hall basado en un voto cautivo de la clase

clases de «productorismo» y a la defensa de panaceas pequeñoburguesas como las del dinero barato (*Greenbackism* [movimiento que propugnaba un aumento de las emisiones de papel moneda para que la gente tuviera más liquidez y que tuvo especial eco en Estados Unidos durante la década de 1870; el nombre procede de *greenback*, sinónimo de dólar y, por extensión, de cualquier moneda de curso legal (*N. de la T.*)] y las cooperativas de productores. Otros estudiosos, incluidos marxistas como Foner, así como la generación más reciente de historiadores de los Caballeros (Garlock, Oestreicher, etc.), han sostenido una visión opuesta: reconociendo, es verdad, que los Caballeros estaban cargados de lastre ideológico, pero subrayando, como hizo Engels, que la dimensión con mucho más importante del movimiento era su hondo impulso hacia una solidaridad de clase y no sólo de oficio.

⁵⁵ David MONTGOMERY, *Beyond Equality*, Nueva York, 1967, pp. 215 y 208-209.

⁵⁶ En Estados Unidos, se denomina también «brahmanes» a las personas de alto *status* social e intelectual, haciendo un paralelismo con esta clase hindú. [*N. de la T.*]

obrero católica⁵⁷. Los dirigentes sindicales locales –en especial en la industria de la construcción, dominada por los irlandeses– eran con frecuencia eslabones clave en el control de la férrea máquina electoral y los principales beneficiarios de sinecuras políticas. El efecto global de este «sistema de botines» fue corromper a los dirigentes obreros, sustituir la autosuficiencia obrera por el paternalismo y, a través de la formación de monopolios de patronazgo étnico, mantener permanentemente divididos a los estratos más pobres de la clase obrera. Por último, es importante reconocer que esta tendencia hacia la asimilación de los dirigentes obreros por parte de los regímenes políticos locales antecedió casi una generación a la llegada de una importante burocracia sindical *per se*, que no se desarrollaría a gran escala hasta el nacimiento de los «delegados móviles» y de los «agentes empresariales»⁵⁸ después de 1900.

Nuevas perspectivas: la AFL y la Alianza de Agricultores

Sería un error, por otro lado, interpretar el ocaso de los Caballeros después de 1887 como el final de la oleada de militancia obrera tras la Guerra civil. De hecho, a principios de la década de 1890, las tendencias incipientes hacia la cristalización de una aristocracia de obreros de oficio dentro de la clase obrera y de una burocracia dentro de los sindicatos fueron aventajadas por la clara radicalización de sectores obreros clave. Con el declive de los Caballeros, gran parte de la energía combativa movilizada en la década de 1880 no hizo sino transferirse a los dos nuevos movimientos que afirmaban proporcionar marcos más eficaces para la solidaridad obrera. Por un lado, el American Railroad Union [Sindicato Ferroviario Estadounidense], bajo el liderazgo de Eugene Debs, expresaba el deseo continuado de los ferroviarios de una organización incluyente de todas las categorías. Sindicato industrial prototípico, fue recibido de manera generalizada como la respuesta más

⁵⁷ Al explicar el declive del movimiento obrero anteriormente militante en Troy, Nueva York, Daniel Walkowitz atribuye especial importancia al desarrollo de una clase media irlandesa que gradualmente se apropió del liderazgo de la comunidad, ejercido con anterioridad por los modeladores de hierro, conocidos por su buena organización y articulación. «En lugar de los pocos tenderos pequeño-burgueses irlandeses [...] que tradicionalmente eran hombres de la comunidad obrera, había surgido una nueva clase media formada por profesionales y empresarios, u hombres de comercio. El dominio por parte de estos últimos del Partido Demócrata y su relación sostenida con los trabajadores de los club étnicos y movimientos nacionalistas francocanadienses e irlandeses *empezó a reducir la base de clase obrera dentro de la comunidad étnica y a desplazar las lealtades étnicas a un eje interclasista*». Daniel J. WALKOWITZ, *Worker City, Company Town*, Urbana, 1978, p. 260.

⁵⁸ Los *walking delegates* y los *business agents* fueron figuras creadas a principios de siglo por los sindicatos estadounidenses para contrarrestar la ofensiva patronal y, en particular, el despido sistemático y la inclusión en listas negras de los trabajadores más militantes y combativos. Se trataba de militantes contratados por el sindicato para representar a los trabajadores en el puesto de trabajo y para asegurar el cumplimiento de los acuerdos entre obreros y patronal. El problema es que, pasado cierto tiempo, estos *walking delegates* o *business agents* dejaron de ser soportes de la resistencia obrera y empezaron a centrar sus esfuerzos en mantener relaciones pacíficas con la patronal a cualquier precio, convirtiéndose en el origen de lo que más tarde se conocería como sindicalismo empresarial: véase nota 54. [N. de la T.]

avanzada de los obreros al desafío de los «*trusts*». La American Federation of Labor [AFL, Federación Estadounidense del Trabajo], por otro lado, estaba todavía lejos del monolito conservador del sindicalismo empresarial⁵⁹ en el que se convertiría un día. Hija de la agitación histórica por la jornada de ocho horas en 1886, la primera AFL era considerada por sus fundadores, muchos de ellos socialistas declarados, una organización más homogénea-proletaria que los Caballeros. En el momento de la reelección de Grover Cleveland en 1892, la AFL era todavía una coalición embrionaria de sindicatos nacionales (incluida la Industrial Mine Workers [Mineros Industriales]), federaciones estatales, consejos municipales de oficios y vecinos independientes. Su estructura y política futuras se determinarían a través del conflicto entre las diferentes corrientes ideológicas presentes en su seno, que incluían una facción socialista en rápido crecimiento.

La Gran Depresión de 1893-1896 –la peor crisis del siglo XIX– forzó la cuestión de la identidad política del movimiento obrero y sondeó las profundidades de su unidad y cohesión internas. La voluntad combativa y la conciencia de toda una generación de militantes obreros, maduras durante el largo ciclo de luchas y movimientos desde 1877, se pusieron a prueba en la serie de batallas violentas que culminaron en el boicot lanzado por el Sindicato Ferroviario Estadounidense contra la Compañía Pullman en 1894. Lo extraordinario de la huelga de la Pullman, lo que la distingue como una de las tres o cuatro batallas obreras más determinantes de la historia estadounidense⁶⁰, no fue sólo su escalada hacia un enfrentamiento nacional entre cientos de miles de trabajadores y el gobierno federal –algo que había sucedido también en 1877–, sino por el contrario su conjugación inaudita con un enorme renacimiento del radicalismo agrario autóctono y de la política obrera internacional.

El nacimiento de la Farmers' Alliance [Alianza de Agricultores] a finales de la década de 1890, en un periodo de caída de los precios del cereal y de subida de los arriendos, había marcado una radicalización de la protesta agraria en Estados Unidos. Mientras que los movimientos agrarios anteriores, tales como los distintos «partidos de agricultores» de la década de 1870 o el *National Grange* [Granero Nacional], habían tendido a representar los intereses de los agricultores más prósperos, la Alianza sacaba una energía casi milenaria de sus raíces en los estratos más pobres de la población rural. En especial, en la zona algodonera sureña, donde el antiguo régimen se había refundido en la servidumbre por deudas provocadas por el sistema de ignoración sobre las cosechas, la Alianza, gracias

⁵⁹ El sindicalismo empresarial o *business unionism* es aquel que considera que los obreros y los patronos son «socios» y que la tarea de los dirigentes obreros es promover la colaboración entre ambos, en lugar de impulsar luchas de la clase obrera contra la patronal. [N. de la T.]

⁶⁰ Las otras batallas obreras clave fueron la Huelga del acero de 1919, cuya derrota preparó el terreno para el hundimiento del sindicalismo en la década de 1920, y la Huelga de brazos caídos de la General Motors de 1936-1937, que afianzó la primera cabeza de playa del CIO en las industrias de producción en masa.

a su inusitada hazaña de unir a arrendatarios negros y blancos, se había convertido en una fuerza subversiva de potencial revolucionario. Además, en áreas del sur y del sudoeste, existía desde hacía tiempo una cooperación activa entre sindicatos, asambleas locales de los Caballeros y la Alianza. (Un hecho con frecuencia pasado por alto fue el dinamismo del sindicalismo meridional a finales de la década de 1890; Nueva Orleans, en particular, tenía un poderoso movimiento sindical interracial que en torno a 1890 la había convertido en una ciudadela obrera)⁶¹.

El auge del populismo obrero

Después de la espectacular entrada en la política de la Alianza, en 1892, como el Partido del Pueblo, empezó a crecer la presión de sus bases para crear una coalición nacional agrario-obrera similar a lo que existía ya en el sudoeste. El populismo obrero parecía ofrecer la visión estratégica unificadora y la amplitud de alianzas que habían faltado en los efímeros partidos obreros que habían florecido brevemente en Nueva York, Chicago y Milwaukee en el periodo posterior a Haymarket y a la oleada de huelgas de 1885-1886. Al mismo tiempo, el populismo obrero parecía el equivalente estadounidense natural de los nuevos partidos de la clase obrera que estaban surgiendo por entonces en Europa y Australia. La prensa obrera de la época revela el vivo interés con el que los sindicalistas estadounidenses siguieron el nacimiento de la socialdemocracia europea y del laborismo angloaustraliano. Aunque a los trabajadores alemanoestadounidenses lo que más les electrizaba, lógicamente, eran los éxitos del SPD, el modelo de los partidos obreros australianos y del *Independent Labour Party* británico [Partido Obrero Independiente] fueron los que mayor emoción suscitaron entre las filas de la AFL.

Los partidos australianos –los primeros partidos políticos *sindicales* del mundo en vez de socialistas– fueron una extensión directa de las grandes huelgas del sector marítimo y de los esquiladores de Queensland de 1890-1891. Aunque el sindicalismo de los gremios obreros había sido el primero en buscar representación política, hubo que esperar al ímpetu de los nuevos sindicatos de masas de los trabajadores empleados en el pastoreo, de los estibadores y de los mineros –en respuesta a la crisis económica y a la represión gubernamental– para romper el dominio burgués del ruedo político y dar a los nuevos partidos su fuerza inicial. De manera semejante, en Gran Bretaña, el *Independent Labour Party* de Keir Hardie (cuya influencia sus admiradores *yankees* por lo general exageraban) estaba orientado particularmente hacia los Nuevos Sindicatos, que eran más vulnerables a los crecientes ataques contra los derechos sindicales de los tri-

⁶¹ Cfr. David Paul BENNETTS, «Black and White Workers: New Orleans, 1880-1900», University of Illinois (Champaign-Urbana), Tesis doctoral, 1972; y Melton MCLAURIN, *The Knights of Labor in the South*, Westport, 1978.

bunales y de la Cámara de los Lores. No es de extrañar, por lo tanto, que quien presionó dentro de la AFL para impulsar una acción política obrera independiente en respuesta al aplastamiento de las huelgas por parte del gobierno fuera una coalición de sindicalistas socialistas e industriales (en especial, la joven *United Mine Workers* [Mineros Unidos]). En la convención de la AFL de 1893, éstos consiguieron ganar el apoyo de la mayoría para un programa político de once puntos copiado del programa del ILP británico (incluido un famoso «punto diez», que exigía la «colectivización de la industria»). La convención envió el programa a los sindicatos integrantes para que sus miembros lo ratificaran.

Al mismo tiempo, Chicago surgió como centro nacional del experimento de unir populismo y nuevo radicalismo obrero. Aún antes de la crisis económica, la persecución policial y la corrupción municipal habían reavivado el interés de los obreros de Chicago por una política independiente. Luego, ante la represión de la huelga del carbón de 1894 por parte del gobierno, seguida de manera inmediata por la intervención federal contra los huelguistas de la Pullman, la corriente de interés se amplió hasta convertirse en un movimiento de masas. Los sindicatos mineros y ferroviarios nacionales, sitiados, apoyaron, junto con los Caballeros del Trabajo, a los populistas, al mismo tiempo que un amplio espectro de sindicalistas, agricultores insurgentes y radicales de clase media se reunía en una conferencia tumultuosa en Springfield, convocada por la *Illinois Federation of Labour* [Federación del Trabajo de Illinois], para considerar la formación de un Partido del Pueblo de ámbito estatal. En el dramático contexto del encarcelamiento de Deb y del aplastamiento de la Huelga de la Pullman, los delegados se unieron alrededor de una bandera populista en torno a una versión corregida del programa de once puntos del ILP. El artífice clave de la unidad agrario-obrero en Springfield fue el famoso socialista fabiano, y amante de la revelación de los trapos sucios, Henry Demarest Lloyd, cuya estrategia declarada era convertir el populismo obrero de Illinois en la «punta de lanza del movimiento por la transformación del Partido de los Pueblos en el equivalente estadounidense del ILP».⁶² En efecto, espoleados por los incansables esfuerzos de los socialistas locales, hubo sindicatos por todo el territorio de los Estados vecinos de Wisconsin y Minnesota que se sumaron también a la cruzada populista, a la vez que ratificaban los once puntos propuestos para la AFL. Lloyd estaba tan seguro de que el impulso hacia el populismo obrero estaba creciendo invenciblemente que invitó a Gompers⁶³ a convocar una conferencia nacional para constituir un frente unido para las elecciones de otoño.

⁶² Chester McArthur DESTLER, *American Radicalism: 1865-1901*, New London, 1946, p. 213.

⁶³ Samuel Gompers (1850-1924) fue uno de los fundadores de la American Federation of Labor en 1886. Nacido en Londres de padres judíos pobres emigrados de Holanda y empleado en una fábrica de tabaco en Nueva York fue elegido presidente de la AFL en 1886 y mantuvo ese cargo, excepto durante un periodo de un año, hasta su muerte. Bajo su liderazgo, la organización pasó de ser un reducido grupo de sindicatos en lucha a convertirse en la organización obrera más importante e influyente de los movimientos obreros de Estados Unidos y Canadá. [N. de la T.]

Gompers, por su parte, estaba igualmente determinado a derrotar el desafío socialista en el seno de la AFL y a «restringir y poner fin a la alianza entre los obreros organizados y el populismo»⁶⁴. Entre sus aliados no sólo se encontraban los sindicatos gremiales más conservadores, sino también el ala derecha del partido populista. En 1894, un bloque más conservador y anti-obrero formado por agricultores más ricos de los Estados de las Grandes Llanuras («un movimiento de oposición, imitador del populismo, pero sin raíces orgánicas en la red de la Alianza ni en su cultura política») estaba empezando a desplazar del liderazgo a los hombres radicales sureños y sudoccidentales de la Alianza⁶⁵. Con el apoyo de los recursos financieros de los intereses de la plata (la American Bi-Metallic League [Liga Bimetálica Estadounidense]), los mediooccidentales esperaban, en primer lugar, reducir el programa populista al tema único de la *plata libre*⁶⁶ y, a continuación, hacer maniobras para conseguir una fusión con el ala del Partido Demócrata partidaria de aquella. Su aversión hacia el populismo obrero radical representada por el programa de Springfield coincidía con la de Gompers.

La debacle de la década de 1890

La derrota del populismo obrero fue una tragicomedia en varios actos. En primer lugar, en la convención de la AFL celebrada en Denver de 1894, Gompers, apoyado por los conservadores gremios de la construcción, consiguió impedir la adopción del programa del ILP, pese a las pruebas de la aprobación que éste suscitaba entre la mayoría de sus bases. El rechazo por parte de la AFL de los once puntos proporcionó entonces una excusa perfecta al agrarianismo moderado y a los sindicalistas «de aparato» corruptos de Illinois para fomentar una escisión con el ala populista de izquierdas. A su vez, muchos de los socialistas desilusionados siguieron el consejo sectario de Daniel de Leon y volvieron a la defensa aislada de programas revolucionarios «químicamente puros». Por último, tras una batalla en la que se enfrentaron encarnizadamente las alas mediooccidental y sureña del Partido Populista en julio de 1896, se desechó el Programa progresista de Omaha (con sus distintos puntos proobreros) a cambio del charlatanismo de la plata libre y de una fusión con los demócratas. Las elecciones presidenciales siguientes –que un año o dos antes habían prometido ser los albores de una nueva era de independencia política agrario-obrera– echaron abajo todas las esperanzas de consolidación de un tercer partido y marcaron, en cambio, el comienzo de una generación de hegemonía de las grandes empresas republicanas en la política nacional.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 183; véase también J. F. FINN, «AF of L Leaders and the Question of Politics in the Early 1890s», *American Studies* 7, 3.

⁶⁵ David MONTGOMERY, «On Goodwyn's Populists», *Marxist Perspectives* (primavera de 1978), p. 169.

⁶⁶ El autor alude a otra de las doctrinas monetarias, análoga al *greenbackism*, que se popularizó en la segunda mitad del siglo XIX en Estados Unidos. Los defensores de la «plata libre» demandaban que el gobierno federal acuñara sin restricciones monedas de plata con un valor en relación con el oro de 16 a 1. [*N. de la T.*]

Tras la debacle de 1896 había, sin embargo, algo más que las meras conspiraciones victoriosas de Gompers y de los populistas conservadores para hacer que la coalición agrario-obrera radical descarrilase. Aún teniendo plenamente en cuenta la desmoralización y la confusión creadas por las luchas internas en la AFL y en el partido populista, seguía habiendo una gran discordancia entre el radicalismo de los militantes sindicales veteranos –Debs, McBride, Morgan, etc.– y la clara apatía o indiferencia de la mayoría de la clase obrera urbana y todavía predominantemente no organizada. Pese a que en plena crisis económica los observadores de la época describían con frecuencia Chicago como una ciudad «estremecida al borde de la revolución», los populistas obreros sólo consiguieron alrededor del 20 por 100 del voto obrero potencial (40.000 de 230.000) en 1894, en su momento de máxima influencia tras la Huelga de la Pullman. Además, de acuerdo con una pauta de excepcionalismo regional que se reflejaría de nuevo en el siglo xx, el movimiento por una política obrera independiente no consiguió crecer en los otros centros urbanos industriales más importantes, situados fuera del área noroccidental de Chicago.

¿No estaban interviniendo, por lo tanto, otras fuerzas más profundas para interrumpir el avance del populismo obrero y desviar el desarrollo de la clase obrera estadounidense del camino trazado por los partidos obreros británico y australiano?

El contraataque racista-autoctonista

Dos factores destacan con especial claridad. En primer lugar, la rebelión unida de los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas sureños –la vanguardia del radicalismo agrario– se disolvió a causa de un contraataque violento de la clase dominante regional que contrapuso a la Alianza de Agricultores y a la cooperación interracial un demagogismo «Jim Crow»⁶⁷ y *red neck*⁶⁸. Así, en la década de 1890, se aplicó una panoplia atroz de privación del derecho al voto a los negros, de segregación racial y de terror impuesto mediante linchamientos para reprimir a los arrendatarios negros militantes, mantenerles atados a la tierra e impedir su colaboración futura con los blancos pobres. Al mismo tiempo, la derrota de la gran huelga general de Nueva Orleans de 1892 destruyó la vanguardia de los obreros sureños y arruinó la unidad interracial entre los trabajado-

⁶⁷ Con el nombre de Jim Crow se designa en Estados Unidos la política de segregación y discriminación racista de los negros que fue impulsada en los Estados del Sur tras la abolición de la esclavitud a través de un conjunto de códigos sociales y legales que prescribían la completa separación de las «razas» y restringían severamente las oportunidades de vida de los afroamericanos, al mismo tiempo que los subordinaban a los blancos mediante una relación de sumisión respaldada por la coacción legal y por la violencia. El régimen de Jim Crow no fue puesto en cuestión hasta después de la Segunda Guerra Mundial. [N. de la T.]

⁶⁸ Forma de denominar peyorativamente a los campesinos blancos de los Estados del sur de Estados Unidos que denota el conservadurismo «paleto» que supuestamente les caracterizaría. [N. de la T.]

res. De las cenizas, surgió, por un lado, un atrofiado sindicalismo blanco segregacionista y racista y, por otro, un subproletariado negro paria⁶⁹. Esta doble derrota de los arrendatarios y los trabajadores sureños fue decisiva a la hora de abrir paso a la reacción de los propietarios de las plantaciones para obstruir el desarrollo de un mercado de trabajo libre y congelar la economía sureña durante más de medio siglo en el desastroso molde de un monocultivo algodónero servil.

En segundo lugar, esta contrarrevolución meridional tuvo su paralelo al norte de la línea Mason-Dixon en el resurgimiento del autoctonismo y del conflicto etno-religioso en el seno de la clase obrera industrial. En los días sombríos de la crisis económica de mediados de la década de 1890, muchos trabajadores autóctonos, así como «antiguos» inmigrantes, llegaron a creer que la inmigración en aumento estaba creando una seria amenaza competitiva. (Simbólicamente, 1896 fue el primer año en que la inmigración del este y del sur de Europa superó a la que procedía de Europa noroccidental.) Al mismo tiempo, en respuesta a los éxitos políticos de los demócratas irlandeses en las elecciones de 1890 y 1892, se produjo un resurgimiento del anticatolicismo militante dirigido por la *American Protective Association* [Asociación Proteccionista Estadounidense] (un grupo predominantemente escocés-irlandés que responsabilizaba de la crisis económica a la «avalancha de inmigrantes desparramada sobre América por los agentes papales») y los *United American Mechanics* [Mecánicos Estadounidenses Unidos], sindicato con 150.000 miembros⁷⁰. Para fatalidad de las esperanzas de los radicales obreros, el prejuicio antiinmigrante y anticatólico rompió la unidad incluso de aquellos sindicatos industriales, mineros y ferroviarios, que aparentemente eran la base del nuevo populismo obrero: «se advirtió a los protestantes que eludieran todos los sindicatos dominados por papistas, que desecharan la huelga como un recurso inútil y que no depositaran confianza alguna en la plata libre. Este consejo tuvo un efecto tan grande que Eugene Debs, el dirigente obrero militante, e Ignatious Donnelly, el encendido populista, calificaron la APA de instrumento diseñado por los magnates del ferrocarril para desorganizar a los sindicatos obreros. En efecto, el «APAísmo» tuvo un impacto perjudicial sobre el sindicalismo, y no sólo entre los empleados ferroviarios. En las cuencas mineras de Pensilvania e Illinois, estos conflictos intestinos frenaron el impulso organizativo de la UMW; en muchos casos, destruyeron las secciones sindicales locales existentes»⁷¹.

El propio movimiento populista hizo poco por calmar los miedos del proletariado inmigrante o por detener la creciente polarización entre las filas de las «clases productivas». Su estilo cultural era decididamente evangélico, mientras que sus grandes simpatías por el prohibicionismo y la educación

⁶⁹ D. P. Bennetts, «Black and White Workers: New Orleans, 1880-1900», cit., pp. 554-555.

⁷⁰ John HIGHAM, *Strangers in the Land*, Nueva York, 1974, p. 81.

⁷¹ *Ibid.*, p. 82.

estatal reproducían temas autoctonistas clásicos. Esto puede explicar en parte por qué tantos trabajadores del Medio Oeste nacidos en el extranjero rechazaron el populismo obrero a la vez que se alejaban del partido de Cleveland y de los «tiempos difíciles». Aunque los republicanos (en 1896, momentáneamente, el partido *menos* autoctonista de los dos) acabaran acaparando un segmento importante de este voto de la clase obrera católica alienada, un porcentaje todavía mayor se retiró de la participación electoral por completo. Las elecciones de 1896 marcan, por lo tanto, una transformación profunda de la cultura política estadounidense. En un momento en el que el proletariado europeo se estaba implicando políticamente más que nunca, la clase obrera estadounidense estaba experimentando una *desmovilización* electoral impresionante como resultado de la violenta reacción autoctonista (en particular, de la conquista del Partido Demócrata por el agrarismo) y de nuevas restricciones del sufragio popular (privación del derecho al voto a los negros, capitaciones y requisitos de residencia). Este proceso conjugado de exclusión/abstención dispersó el voto obrero, al mismo tiempo que creó una enorme «laguna», es decir, esa bolsa de votantes proletarios ausentes que todos los movimientos por un tercer partido del siglo xx intentarían identificar y movilizar⁷².

Por último, hay que señalar que el renacimiento del conflicto etno-religioso y racial a finales del siglo xix estaba íntimamente conectado con una transmutación de gran alcance de las ideologías populares. Ante el terror racial en Dixie y las exigencias del expansionismo estadounidense en el Caribe y el Pacífico, el viejo nacionalismo popular formulado por el sindicalismo lincolniano se estaba regenerando para dar lugar a un credo xenófobo de «americanismo anglosajón» basado en el darwinismo social y en el «racismo científico»⁷³. La coincidencia de esta torsión ideológica dentro de la cultura popular con la segunda gran recomposición de la clase obrera estadounidense, estimulada por la nueva inmigración, proporciona el contexto para entender el giro cada vez más hacia la derecha que experimentó la AFL después de 1896 hacia los sindicatos segregacionistas y racistas, la restricción de la inmigración y un estrecho exclusivismo gremial. Aunque el sindicalismo sobrevivió por primera vez a una crisis económica grave, los últimos años de la década de 1890 recordaban la década de 1850 por la intensidad del disenso y la fragmentación de la clase obrera al volverse a movilizar a los protestantes contra los católicos, los blancos contra los negros y los autóctonos contra los inmigrantes.

⁷² «El gran declive de la participación después de 1900 y el excepcional índice de abstención obrera de la actualidad se asemejan mucho a una laguna en el electorado estadounidense activo que en otros lugares se llenó gracias a los partidos socialistas». Walter Dean Burnham, «The Politics of Heterogeneity», cit., p. 679.

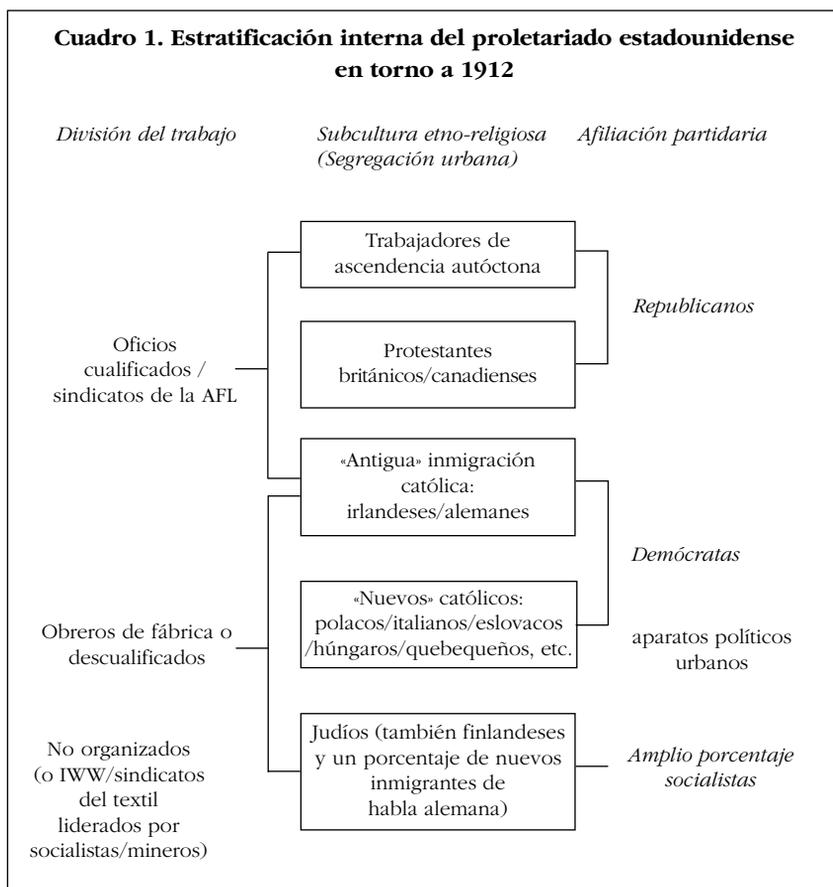
⁷³ «El patriotismo, el imperialismo y la religión de los protestantes estadounidenses no estuvieron nunca tan fervientemente unidos como durante el periodo McKinley-Roosevelt». S. Ahlstrom, *A Religious History of the American People*, cit., p. 880.

El fracaso del socialismo debsiano

El mundo fragmentado del trabajo

La nueva inmigración, al igual que la antigua, proporcionaba una bolsa de mano de obra superexplotada para las industrias extractivas, el servicio doméstico y la construcción. Proporcionaba también, a una escala en rápida expansión, los ejércitos de operarios de maquinaria y trabajadores semicualificados requeridos por el espectacular crecimiento, a partir de 1898, de las industrias de producción en masa gestionadas a través de *trusts*. Hacia 1914, cuando Henry Ford empezó a crear su «mundo feliz» de producción en cadena en su fábrica de Highland Park (Michigan) en la que se producía el Modelo T, la mayor parte de este proletariado ampliado eran trabajadores nacidos en el extranjero, la mayoría de las veces privados del derecho al voto y segregados –por la pobreza o la discriminación deliberada– en áreas urbanas hiperdegradadas, separadas de las zonas de residencia de la clase obrera autóctona. La nueva fusión de etnicidad, religión y cualificación produjo la jerarquía diferenciada descrita a continuación (cuadro 1).

Cuadro 1. Estratificación interna del proletariado estadounidense en torno a 1912



Los orígenes de esta jerarquía precisan de algunas observaciones. En primer lugar, es importante cuestionar la afirmación común de que la inmigración *per se* —esas «hordas de campesinos»— creaba una heterogeneidad indisoluble y culturalmente atrasada que hacía imposible la unidad de clase⁷⁴. Es verdad que los nuevos inmigrantes trajeron consigo de su anterior país una gran colección de identificaciones pacatas de parentesco y aldea. Pero la *decisión consciente* de establecer solidaridades étnicas más amplias como base de la organización comunitaria en Estados Unidos fue en la mayoría de los casos una reacción defensiva a la exclusión y a la victimización en el nuevo país. En otras palabras, la clase y la etnicidad eran con frecuencia la base de estrategias de supervivencia alternativas y el impacto real de la inmigración dependió en gran medida de la fuerza y la inclusividad de las instituciones de clase existentes.

Esta cuestión sale claramente a la luz en la comparación que hace John Cumbler de los movimientos obreros de las ciudades de Lynn y Fall River, Massachusetts. Lynn contaba con una de las tradiciones sindicales más antiguas y fuertes de Estados Unidos y su clase obrera estaba unida por una relación muy integrada entre ocio, trabajo y hogar. Fall River, por otro lado, carecía de tales instituciones comunitarias cohesivas basadas en la clase y su fuerza de trabajo estaba descentralizada en áreas residenciales y de trabajo relativamente aisladas. En Lynn, donde la nueva inmigración constituía un flujo pequeño y constante, a los recién llegados se les asimilaba en la comunidad obrera más amplia y unitaria. En Fall River, por el contrario, la llegada de grandes cantidades de portugueses y polacos a finales de siglo fue recibida con hostilidad autoctonista y condujo a la «fragmentación de la comunidad en unidades étnicas separadas de actividad social»⁷⁵.

Por desgracia, la mayoría de las áreas industriales de Estados Unidos se parecía más a Fall River que a Lynn. Mientras que las luchas obreras de Europa occidental de las décadas de 1880 y 1890 habían tejido una red de instituciones proletarias integradoras (que iban de los clubs de trabajadores, las cooperativas y las «iglesias obreras» a las *casas del pueblo*⁷⁶ y las sociedades educativas de trabajadores), el movimiento obrero estadounidense de finales del siglo XIX, tal y como hemos visto, no consiguió generar una «cultura» de la clase obrera que pudiera superar los alineamientos etno-religiosos fuera del puesto de trabajo.

⁷⁴ Éste es el corazón de la llamada «tesis Handlin-Hofstadter». Cfr. OSCAR HANDLIN, *The Uprooted*, Boston, 1951, p. 217 ss.; ERIC HOFSTADER, *Age of Reform*, Nueva York, 1955, pp. 180-184; también S. ARONOWITZ, *False Promises*, cit., p. 164; GERALD ROSENBLUM, *Immigrant Workers*, Nueva York, 1973, en especial pp. 151-154; y GABRIEL KOLKO, *Main Currents in Modern American History*, Nueva York, 1976, pp. 68-69.

⁷⁵ JOHN T. CUMBLER, *Working-Class Community in Industrial America: Work, Leisure and Struggle in Two Industrial Cities, 1880-1930*, Westport, 1979, p. 8.

⁷⁶ En castellano en el original. [N. de la T.]

El impacto de la nueva división del trabajo

Mientras tanto, dentro del propio puesto de trabajo, una profunda recomposición de la división del trabajo estaba reforzando y sobredeterminando los efectos de la nueva inmigración. La introducción de nuevas tecnologías de producción en masa corría pareja al ataque empresarial contra el poder de los obreros cualificados. Esta ofensiva empezó a escala sistemática con la derrota que la Carnegie Company infligió en 1892 a las poderosas logias de la Amalgamated Association of Iron and Steel Workers [Asociación Fusionada de Trabajadores del Hierro y del Acero] de Homestead y prosiguió durante treinta años, hasta que la derrota de la huelga de la «federación de sistemas» ferroviarios de 1922 instauró la supremacía de las plantas de producción sin sindicación obligatoria. Sin embargo, la dirección industrial, al quebrantar el poder de los obreros de oficio y diluir sus competencias, evitó con cuidado «equipararles» con los obreros semicualificados. Precisamente para eludir una homogeneización de *status* tan explosiva, las empresas cortejaron a los desmoralizados trabajadores cualificados con pagos a destajo, primas, planes de ahorro y «reparto de los beneficios». Si tradicionalmente los obreros de oficio se habían considerado los líderes naturales de la clase trabajadora, ahora las corporaciones promovían nuevas normas sociales —en especial, el «honor» de poseer una vivienda propia y de pertenecer a asociaciones patrióticas— que estimulaban la asimilación simbólica a la pequeña burguesía. Salidos sobre todo de familias autóctonas o de antiguos inmigrantes, los trabajadores cualificados eran movilizados expresamente como amortiguadores indispensables frente a la organización de los obreros descualificados.

A su vez, a los nuevos inmigrantes se les «congeló» en la categoría de obreros descualificados. La movilidad geográfica frenética de los recién llegados —puesto que las corrientes del ciclo económico los desarraigaban sin cesar o ellos mismos volvían a su lugar de origen con sus pequeños ahorros— contrasta con su creciente tasa de inmovilidad ocupacional. En una población siderúrgica eslava estudiada en detalle, por ejemplo, la tasa de movilidad ascendente en la jerarquía ocupacional experimentó un declive drástico del 32 por 100 en 1888 a un mero 9 por 100 en 1905⁷⁷. Además, dentro de las propias plantas, el proceso de trabajo se organizaba cada vez en mayor medida en función de grupos de trabajo segregados étnica y lingüísticamente y supervisados por un obrero de oficio o capataz autóctono poco comprensivo. De nuevo, no obstante, el impacto de la heterogeneización de la fuerza de trabajo dependió de si existía o no una fuerza contraria de sindicalismo unificador. En las cuencas mineras de Pensilvania, por ejemplo, los mineros organizados industrialmente, tras largas luchas, consiguieron una afiliación militante a partir de una fuerza de trabajo políglota. En aquellos señoríos del «feudalismo industrial» (las ciudades siderúrgicas de Pensilvania), en cambio, donde los gremios obreros habían sido aplastados entre 1892 y 1901, los trabajadores parecían divididos de un modo mucho más irremediable.

⁷⁷ John BODNAR, *Immigration and Industrialization*, Pittsburg, 1977, p. 56.

La segregación étnica de las ciudades

El sistema de castas industrial se reflejaba en la rígida segregación y fragmentación de la vida residencial de la clase trabajadora. En torno a 1910, la ciudad industrial estadounidense había desarrollado una fisonomía social extraordinariamente diferente de la de los centros fabriles europeos. En ambos continentes, la construcción de sistemas de tranvías y de ferrocarriles subterráneos y de superficie había dado un fuerte impulso a la creciente segregación espacial. En Europa, este proceso adoptó la forma de una profundización de la polarización de clase, a medida que los «*east ends*»⁷⁸ y los *arrondissements* [distritos] rojos lanzaban, a través de un abismo socioespacial cada vez más grande, sus miradas de odio a los «*west ends*» [zonas oeste] y *faubourgs* [áreas residenciales] elegantes. En Estados Unidos, por el contrario, la creciente segregación de las viviendas en función de la clase se cubría con una diferenciación étnica que se extendía de manera simultánea. Así pues, Buffalo, Cleveland, Chicago, Detroit y Pittsburg adquirieron todas una división espacial *tripartita* característica entre (1) áreas residenciales de clase media, (2) una zona de viviendas decentes, más antiguas (con frecuencia unifamiliares), ocupadas por trabajadores autóctonos y algunos «antiguos» inmigrantes, y (3) un núcleo interno de pisos, apartamentos desvencijados y pensiones abarrotadas que proporcionaban dormitorios al nuevo proletariado inmigrante. Además, injertada sobre las franjas de residencia de la clase obrera, había una cuadrícula –en algunas ciudades detallada hasta grados casi microscópicos– de barrios diferenciados étnica y lingüísticamente, «cada uno de ellos con una vida institucional propia»⁷⁹.

Mediando esta compleja polarización residencial y del puesto de trabajo entre los trabajadores autóctonos/cualificados e inmigrantes/descualificados, se encontraban los trabajadores católicos de «antigua» procedencia extranjera, irlandeses y alemanes. Este estrato intermedio, en particular su componente irlandesa, ocupaba un lugar ambivalente pero fundamental dentro de la estructura interna de la clase trabajadora. Por un lado, los irlandeses estaban particularmente integrados en el segmento más privilegiado del proletariado, gracias a la penetración satisfactoria de los oficios cualificados y a su peso desproporcionado en la burocracia sindical emergente. (Karson ha descubierto, por ejemplo, que nada menos que 62 sindicatos de la AFL tenían presidentes católicos irlandeses en el periodo entre 1906 y 1918)⁸⁰. Muchos de ellos también vivían en los mismos barrios «más acomodados» que los trabajadores cualificados autóctonos. Pero, por otro lado, estaban ligados a los nuevos inmigrantes a través de su *status* económico –puesto que la mayoría de los irlandeses (en especial los recién llegados) en 1910 eran todavía obreros descualificados o trabajado-

⁷⁸ Alusión a la zona este de Londres [*east end*], hacia el norte del Támesis, conocida por sus áreas portuarias reconvertidas y por su cultura obrera. [*N. de la T.*]

⁷⁹ *Ibid.*, p. 14; También O. ZUNZ, «Detroit en 1880: espace et ségrégation», *Annales* 32, 1 (enero-febrero de 1977); Josef BERTON, *Peasants and Strangers*, Cambridge (MA), 1975, p. 18.

⁸⁰ MARC KARSON, *American Labour Unions and Politics: 1900-1918*, Carbondale, 1958, pp. 221-224.

res de los transportes—, así como gracias a su dominio de las dos instituciones centrales de las que dependía indispensablemente la mayor parte de los nuevos inmigrantes: la Iglesia católica y los aparatos de patronazgo demócrata en la mayoría de las ciudades industriales.

Por último, situados fuera de las principales alineaciones subculturales de la clase obrera, se hallaban varios grupos excepcionales de inmigrantes de Europa central y oriental. Aunque todas las naciones enviaron a sus radicales exiliados al otro lado del Atlántico, las lenguas predominantes del marxismo en Estados Unidos fueron el alemán y el yídish⁸¹. Las listas negras de los empleadores y las leyes antisocialistas de Bismark obligaron a nuevas generaciones de lassalleanos, seguidores anarquistas de Jonathan Most y marxistas alemanes a seguir los pasos de los «rojos del 48» que habían emigrado a Estados Unidos. A finales del siglo XIX, estos trabajadores alemanes revolucionarios —de cuyas filas procedían los mártires de Haymarket, Spies, Engel y Fischer— crearon su propio y extraordinario sistema cultural de habla alemana de sociedades gimnásticas, clubs del rifle, círculos educativos y terrazas de verano socialistas. Asimismo, desempeñaron el papel principal en la construcción de sindicatos tan importantes como los de los cerveceros, los cigarreros y los panaderos. Durante varias generaciones, constituyeron la izquierda de los movimientos obreros en Chicago y San Luis, pero sin duda su mayor logro fue convertir Milwaukee en la ciudadela más fuerte del socialismo en Estados Unidos desde 1910 hasta 1954.

La otra gran concentración de radicalismo inmigrante se produjo en la zona sureste de Nueva York, donde un millón de inmigrantes judíos e italianos se apelotonaban en el barrio de bloques de pisos más poblado del mundo. Una de las consecuencias inesperadas de la Revolución rusa de 1905 fue proveer la zona sureste de un cuadro exiliado de jóvenes y brillantes bundistas obreros y socialdemócratas judíos. En un número increíblemente reducido de años, éstos habían organizado una base de masas de aproximadamente cincuenta mil votantes socialistas de habla yídish que luchaban por un sindicalismo del textil y proporcionaron la espina dorsal de la oposición de izquierdas al Tammany Hall.

Las almas gemelas del socialismo estadounidense

La aspiración del socialismo debsiano consistía en unificar y representar este proletariado estadounidense dividido y culturalmente multiforme. Tras el Pánico de 1907 y los severos ataques del Tribunal Supremo contra el sindi-

⁸¹ La tercera lengua probablemente sería el finlandés. Los trabajadores finlandeses de extrema izquierda dejaron su marca indeleble por todo el Noroeste, desde las minas de hierro de Mesabi hasta las pesquerías de Astoria, y la Federación Socialista Finlandesa organizó una emigración en masa única de leñadores y mineros a la República Soviética de Karelia a principios de la década de 1920.

calismo (el caso de los sombrereros de Danbury⁸² y de Buck's Stove and Range Co.⁸³—los equivalentes estadounidenses del Taff Vale), hubo una fuerte oleada de votos de la clase obrera al Partido Socialista, pese al intento de Gompers de empujar a los obreros a una alianza *de facto* con los demócratas. Sin embargo, en 1912, año en el que el partido llegaba a su cenit, los cismas internos y las divergencias ideológicas lo estaban desgarrando. La crisis del partido, por supuesto, tenía muchas causas, pero sobre todo reflejaba la dinámica contradictoria de la lucha de clases en la «era progresiva»⁸⁴.

Los años entre 1909 y 1913 marcaron un punto de inflexión en la historia del movimiento obrero internacional. En Estados Unidos, así como en Gran Bretaña, Alemania, Francia y Rusia, se asistió al estallido de violentas huelgas de «masas» y a la entrada de nuevos estratos de trabajadores descualificados en la lucha de clases. Empezando por la rebelión de trabajadores siderúrgicos inmigrantes en McKees Rock (Pensilvania) y trabajadores superexplotados del textil neoyorquino (la Huelga de la Blusa) en 1909, el proletariado inmigrante supuestamente «inorganizable» estalló en agitación militante. Respaldados por los Industrial Workers of the World (IWW) [Trabajadores Industriales del Mundo] y por los organizadores socialistas de los sindicatos del textil, los nuevos trabajadores lanzaron huelga tras huelga por todo un espectro de industrias de producción en masa que iba del textil al sector automovilístico. Al mismo tiempo, la AFL —sometida ya a duras presiones por la denominada «Employers' Mass Offensive» [Ofensiva a Gran Escala de los Empleadores] de 1903-1908— se vio obligada a librar encarnizadas batallas defensivas contra la degradación de sus oficios a causa de su disolución, del «taylorismo» y de la aceleración de la producción. La más larga y épica de estas luchas fue la espectacular pelea de cuarenta y cinco meses de los oficios de la industria ferroviaria contra la introducción de la organización científica en las ferrovías de Harriman en 1911-1915.

La «guerra civil» del movimiento obrero

A diferencia de las oleadas de huelgas del periodo de 1877-1896, sin embargo, las huelgas de masas de principios del siglo xx fracasaron en

⁸² En 1902, el sindicato de sombrereros estadounidense (United Hatters of North America: Sombrereros Unidos de Norteamérica), tras fracasar en su intento de promover la sindicación en la empresa sombrerera de D. E. Loewe en Danbury, llamó a un boicot nacional de los productos de esta firma. La empresa entabló un pleito contra el sindicato, alegando que estaba infringiendo con su llamamiento la Ley Antitrust Sherman. En 1908, el Tribunal Supremo falló a favor de D. E. Loewe y obligó al sindicato a acabar con el boicot y al pago de daños y perjuicios. [N. de la T.]

⁸³ En 1907, la empresa fabricante de hornos y cocinas Buck's Stove and Range Co. interpuso una demanda en el Tribunal Supremo de Columbia para que impidiera que la AFL continuara con el boicot de sus productos. El tribunal falló a favor de la Buck's Stove and Range Co. y prohibió, ya no el boicot, sino toda mención del demandante o de sus productos en cualquier texto, panfleto, periódico o circular de la AFL. La desobediencia a esta prohibición llevó a miembros de la AFL repetidas veces a la cárcel. [N. de la T.]

⁸⁴ *The Progressive era*: periodo de la historia estadounidense comprendido entre 1890 y 1913. [N. de la T.]

gran medida en la tarea de unir a trabajadores autóctonos e inmigrantes. Al no conseguir producir una convergencia entre las luchas defensivas de los obreros cualificados y las campañas organizativas entre los nuevos inmigrantes, los movimientos tendieron a adoptar posturas divergentes y, con demasiada frecuencia, antagónicas. De hecho, la división en el seno de la clase obrera se hizo tan profunda que algunos escritores socialistas escribieron con frecuencia sobre la «guerra civil» entre las filas de los obreros, mientras que los organizadores de la IWW se quejaban de que los sindicatos de la AFL estaban minando y sabotando de manera deliberada las huelgas del proletariado inmigrante.

Esta discordia entre las luchas de los gremios obreros y los inmigrantes no organizados se introdujo en el Partido Socialista bajo la forma de un conflicto entre sus alas reformista y sindicalista. Los reformistas, encabezados por Victor Berger desde su bastión socialista alemán en Wisconsin, creían en un programa de gradualismo bersteiniano ejemplificado por el mejorismo cívico moderado y las críticas esporádicas al liderazgo de Gompers en la AFL. No disponían de ninguna estrategia ni de ningún compromiso visible con la sindicación de los trabajadores no organizados y, por regla general, eran indistinguibles de la corriente dominante de la AFL en lo que se refiere al apoyo de las restricciones racistas a la inmigración. Es más, Berger era un supremacista blanco declarado. Respecto a la actitud de la derecha socialista hacia los nuevos inmigrantes, Sally Miller proporciona esta caracterización del partido «modelo» de Milwaukee: «aunque teóricamente resultaba deplorable que la organización obrera se restringiera a los trabajadores cualificados, en la práctica, los socialistas de Milwaukee se sentían cómodos con los miembros alemanes cualificados del sindicato y desdeñaban a los nuevos inmigrantes descualificados. La asociación colectiva del trabajo que imaginaban era, casi de manera exclusiva, entre alemanes y autóctonos»⁸⁵. Por el contrario, la izquierda socialista –muchos de cuyos miembros se salieron airados del partido después de que se purgara al Bill *Big* Hayward en 1912– adoptó una perspectiva casi exclusivamente industrial que se centraba en el potencial revolucionario supuestamente inmanente de los trabajadores inmigrantes no organizados. Rechazaron la AFL como una causa perdida y concentraron sus energías en construir el Gran Sindicato Único. Aunque estos socialistas de izquierdas prestaron un apoyo incalculable en la oleada de huelgas protagonizadas por inmigrantes en la industria básica, su sindicalismo resultó no ser más que un paliativo táctico temporal para las necesidades del proletariado fabril no organizado. La IWW pudo demostrar solidaridad combativa en el puesto de trabajo, pero no tenía prácticamente nada que decir sobre los problemas políticos de las comunidades de las áreas urbanas hiperdegradadas, atrapadas en complejas dependencias hacia el poder de la iglesia y el patronazgo. No resulta sorprendente que de las grandes huelgas de este

⁸⁵ Sally MILLER, «Milwaukee: Of Ethnicity and Labour», en Bruce Stave (ed.), *Socialism and the Cities*, Port Washington, 1975, p. 45.

periodo, con la excepción de la campaña de los sindicatos del textil de Nueva York, ninguna dejara una organización sindical duradera ni condujera a victorias locales de candidatos socialistas.

El fracaso del Partido Socialista

Resulta difícil eludir la conclusión de que ninguna de las dos principales tendencias del socialismo estadounidense en 1912 ofrecía una estrategia realista para unir a la clase obrera o coordinar la estrategia sindical con la intervención socialista en el ruedo político urbano. Los reformistas no tenían ningún proyecto de construcción de un sindicalismo industrial, mientras que los revolucionarios no veían sentido a intentar influir en los trabajadores cualificados o disputar el dominio de la AFL por parte de Gompers. De manera similar, ni el «socialismo podrido» de la derecha (cuyo programa municipal con frecuencia –tal y como señalaba Walter Lippman– era indistinguible del progresismo) ni el apoliticismo de la izquierda sindicalista atendieron a la necesidad de una solución política socialista a la crisis urbana y a la dura situación del proletariado de las áreas urbanas hiperdegradadas. En todos los ámbitos, las perspectivas estratégicas del socialismo estadounidense siguieron siendo contradictorias y embrionarias y careciendo de síntesis.

En el plano organizativo, el partido nunca intentó realmente fundir sus diferentes componentes sociales en un conjunto orgánico; en realidad, el socialismo estadounidense no dejó de ser una serie de socialismos segmentados étnica y lingüísticamente. Así pues, los baluartes electorales socialistas más importantes eran electorados homogéneos desde el punto de vista étnico: alemanes en Milwaukee, escandinavos en Minneapolis, judíos en Manhattan, holandeses de Pensilvania en Reading. Además, la dirección del partido mantuvo las organizaciones separadas por lengua de los socialismos étnicos menores a distancia una de otra y con respecto a las palancas del poder dentro del partido: «los socialistas inmigrantes eran la correa de transmisión del Partido hacia los nuevos trabajadores inmigrantes. Pero el Partido nunca puso en marcha esta correa de transmisión. En lugar de ello, en parte motivado por el autoctonismo y el racismo y preocupado por la política de estos socialistas, los mantuvo a la deriva, no haciendo ningún esfuerzo por integrarlos»⁸⁶.

Quizá el fallo más grave del partido, no obstante, estribara en su extrema incapacidad para introducirse en el corazón de la clase obrera industrial: los inmigrantes católicos viejos y nuevos. En comparación con su presencia dominante en la AFL, por ejemplo, los radicales irlandeses –aunque entre ellos se encontraban organizadores tan fogosos como Elizabeth Gurley Flynn,

⁸⁶ Charles LEINENWEBER, «The American Socialist Party and the «New Immigrants»», *Science and Society* (inverno de 1968), p. 25.

William Z. Foster y James Cannon— no eran más que un puñado de militantes acosados. De los varios millones de polacos concentrados en las zonas industriales del interior, quizá dos mil o tres mil a lo sumo estaban afiliados a la Federación Socialista Polaca, de orientación derechista. Entretanto, *Il Proletario* se quejaba de que «en una ciudad que cuenta con 650.000 italianos [Nueva York], sólo hay un par de cientos de socialistas inscritos en el partido»⁸⁷. Aunque algunos historiadores han afirmado simplemente que la oposición de la Iglesia católica impidió toda radicalización de masas de los trabajadores irlandeses, polacos o italianos, las razones parecerían más complejas. Después de todo, los inmigrantes italianos en Argentina fueron los artífices de un movimiento obrero muy radical, mientras que los mineros inmigrantes polacos en el Ruhr se mostraron bastante accesibles a la agitación revolucionaria. Quizá el residente temporal del socialismo estadounidense, James Connolly, estaba en lo cierto cuando sostenía frente a Daniel De Leon que la propaganda anticlerical y antipapista en el contexto estadounidense siempre sería interpretada erróneamente por los inmigrantes católicos como otro tipo de autoctonismo. Puede que Connolly tuviera en particular en mente el *Appeal to reason [Llamamiento a la razón]*, una publicación socialista de éxito espectacular (contaba con 750.000 suscritos) de la región del maíz⁸⁸, que lanzaba virulentos ataques tanto contra la Iglesia católica como contra la nueva inmigración. Melvyn Dubofsky desarrolló otro tipo de argumentación en su análisis del fracaso del Partido Socialista a la hora de llegar a los irlandeses de Nueva York: este autor señala que el «vínculo del inmigrante irlandés con el aparato demócrata, perfectamente establecido hacia finales del siglo XIX, se encontraba en un momento extraordinariamente bueno en la era progresista, periodo en el que el cacique Charles Murphy injertó reformas sociales modernas en la vieja estructura muñidora del Tammany»⁸⁹. Lo que se está sugiriendo aquí es que los trabajadores irlandeses, en virtud de su acceso relativamente privilegiado a la organización sindical y al patronazgo político, apenas se sentían tentados por las súplicas de un movimiento socialista en su mayoría judío que, si algún día llegaba al poder, podría desmantelar el tradicional *trust* laboral hiberniano del ayuntamiento.

La lucha por el sindicalismo industrial

Una de las tragedias menores del Partido Socialista fue que las encarnizadas batallas entre distintas facciones apenas contribuyeron al reconocimien-

⁸⁷ *Il Proletario*, citado en S. M. Toomasi y M. H. Engels (eds.), *The Italian Experience in the United States*, Staten Island, 1970, p. 192.

⁸⁸ *Corn Belt*: importante región agrícola estadounidense del medio-oeste en la que en un determinado momento la extensión dedicada al cultivo de maíz excedió a la de cualquier otro cultivo. En la actualidad se denomina *Feed Grains and Livestock Belt*. Localizada al norte de las mesetas centro-septentrionales, se extiende entre Iowa e Illinois, el sur de Minnesota, el suroeste de Dakota, el este de Nebraska, el noreste de Kansas, el norte de Missouri, Indiana, y la parte occidental de Ohio. [*N. de la T.*]

⁸⁹ Melvyn DUBOFSKY, «Success and Failure of Socialism in New York City, 1900-1918: A Case Study», *Labor History* (otoño de 1968), p. 372.

to o clarificación de estas contradicciones estratégicas subyacentes. Debs, en ocasiones prácticamente solo, parecía tener una conciencia intuitiva y firme de que el socialismo no podía esperar conquistar a la clase obrera estadounidense a menos que la unidad interna de la clase pudiera basarse en una orientación común de la lucha. Esperaba que el movimiento por el sindicalismo industrial pudiera proveer tal práctica unificadora –al responder a las necesidades tanto de los obreros de oficio como de los operarios– y, por ese motivo, procedió a rechazar el sindicalismo dual adoptado por la izquierda sindicalista. Con este espíritu, hizo público en 1914 un llamamiento algo quijotesco para la formación de un «centro» sindical industrial basado en una alianza de los mineros del este (UMW) y del oeste (Western Federation of Miners [Federación de Mineros del Oeste]), que pudiera dirigir campañas organizativas en las industrias de producción en masa e instaurar un polo alternativo al gomperismo⁹⁰. Aunque el Llamamiento de Debs fue ignorado, su espíritu se vio resucitado en 1917, cuando la Federación del Trabajo de Chicago, bajo la dirección militante de John Fitzpatrick y Edward Nockels, decidió desdeñar las limitadas doctrinas de los obreros de oficio y poner recursos en común para dar un enérgico impulso a la organización en los mataderos. En 1918, con William Z. Foster como principal organizador e instigados por el miedo del gobierno a las huelgas en tiempos de guerra, 100.000 trabajadores de las envasadoras de Chicago y de ciudades vecinas se sindicaron, lo que suponía una victoria histórica sobre las grandes envasadoras.

1919: la prueba del acero

Al año siguiente, con el apoyo pusilánime y poco fiable de la dirección de la AFL, Foster y Fitzpatrick intentaron llevar los métodos de la campaña de los mataderos a los valles del hierro de Pensilvania y a los barrios de acerías del sur de Chicago. La industria siderúrgica era la Línea Maginot de las plantas de producción sin sindicación obligatoria en Estados Unidos y se reconocía universalmente que su organización era la clave estratégica para toda la clase obrera industrial. Aunque la Casa de Morgan había erradicado los últimos vestigios del sindicalismo de los gremios obreros una década antes, Foster y Fitzpatrick encontraron esperanzas en el creciente malestar de los trabajadores siderúrgicos inmigrantes que trabajaban siete días a la semana y doce horas al día en fábricas mortíferas por salarios de miseria. Pese a la actitud vacilante de los trabajadores autóctonos cualificados y a los complejos problemas de la territorialidad de los sindicatos de oficio (nada menos que 24 sindicatos de la AFL reivindicaban la jurisdicción en la siderurgia), varios cientos de miles de trabajadores siderúrgicos, sobre todo inmigrantes, hicieron caso a la convo-

⁹⁰ Daniel De Leon era, desde luego, el primer teórico del «sindicalismo industrial revolucionario», salvo que en su ferviente concepción sectaria esto suponía ganar a la clase obrera para los débiles sindicatos del Socialist Labor Party en vez de trabajar con los sindicatos ya existentes.

catoria de huelga de Foster contra el monopolio industrial más poderoso del mundo. Los esclavos y los italianos se mantuvieron firmes durante tres meses contra el «terror cosaco» de la policía estatal y de los guardias de seguridad de la empresa, pero al final los sindicatos gremiales traicionaron la huelga y el clima creciente de histeria antirradical y antiextranjera en el país acabó por socavarla.

Tal y como lo ha expresado un historiador, 1919 constituyó el «punto de inflexión [...] que no inflexionó»⁹¹. Fue la prueba fallida de la capacidad de los obreros autóctonos de unirse al proletariado inmigrante. La derrota del impulso organizativo de los trabajadores siderúrgicos marcó el final de la extraordinaria insurrección de los trabajadores procedentes de Europa oriental y meridional, que había sacudido la industria desde 1909. Enfrentados a una oleada gigantesca de reacción autoctonista, ilustrada por el auge del Ku Klux Klan en los Estados industriales del Medio Oeste, los «nuevos» inmigrantes se retiraron a los santuarios de la comunidad étnica hasta que la Depresión desató un segundo renacimiento todavía más militante. En cuanto a los trabajadores cualificados, la derrota de 1919 abrió paso a una gran ofensiva de los empleadores que hizo retroceder las conquistas que la AFL había hecho en tiempos de guerra e instauró el «American Plan» [Plan Estadounidense] para la supresión de la sindicación obligatoria sobre las ruinas de los otrora poderosos sindicatos de mineros y de las fábricas ferroviarias.

El último acto

No obstante, en este periodo de retirada general, una última gran explosión de radicalismo popular recorrió llameante la franja noroccidental de Estados que va de Illinois a Washington. El movimiento del Farmer Labor Party [Partido de los Agricultores y Obreros] de 1919-1924 extrajo su energía de varios centros de resistencia, entre los que se encontraban las federaciones obreras urbanas militantes de Chicago, Seattle y Minneapolis, las convulsionadas cuencas mineras del Illinois meridional, los mineros del hierro inmigrantes de Minnesota y las Ligas Imparciales semisocialistas de las Dakotas. Intentando llenar el vacío dejado por la desintegración del Partido Socialista en 1919 a causa del enfrentamiento entre sus distintas fracciones, este movimiento por un tercer partido se proponía unificar un contraataque contra la ofensiva patronal, la represión gubernamental, la caída de los precios del cereal y la crisis del carbón. Después de una serie de comienzos fallidos e iniciativas prematuras, el poderoso Partido de los Agricultores y Obreros de Minnesota, que ya controlaba el gobierno de su Estado, se hizo con la dirección del movimiento para reagrupar a los distintos bloques populares en un nuevo partido nacional. Aunque el movimiento tuvo que armonizar una variedad de ideologías que iban del

⁹¹ David BRODY, *Labor in Crisis - The Steel Strikes of 1919*, Filadelfia y Nueva York, 1965, nota de cubierta.

progresismo republicano al bolchevismo, hizo grandes progresos en la movilización del apoyo obrero en los Estados vecinos. Llegados a ese punto, a las propias puertas de la convención fundadora, Gompers (en una actuación que repetía su anterior sabotaje del populismo obrero) y las hermandades ferroviarias intervinieron para hundir el nuevo partido embrionario. Tachando al movimiento de Minnesota de *rojo* por permitir la participación comunista, convencieron al venerable hombre de Estado progresista Robert LaFollete para que rechazara la candidatura y la lista electoral de este tercer partido y así echaron por tierra la estrategia electoral en la que los agricultor-obreristas habían depositado sus esperanzas para unir al nuevo partido. Aunque LaFollete se presentó en una lista independiente respaldada por la AFL en las elecciones presidenciales de 1924, el apoyo obrero real fue poco entusiasta y preparó el terreno para el regreso de la AFL a su antiguo búnker imparcial.

Sería difícil exagerar la magnitud de la derrota de los obreros estadounidenses en el periodo de 1919-1924. Durante casi una década, las grandes empresas se vieron prácticamente libres del envite del sindicalismo militante. Durante el interregno del «American Plan», los empleadores aceleraron el ataque contra el «control» obrero del proceso de trabajo, con el avance simultáneo de las nuevas tecnologías de producción en masa y de las nuevas formas de organización empresarial y de supervisión del trabajo. La totalidad de esta transformación del proceso de trabajo —primero el «taylorismo», luego el «fordismo»— confirió poderes de dominación ampliamente expandidos a través de la descomposición sistemática de las competencias y la serialización de la fuerza de trabajo⁹². A finales de la Primera Guerra Mundial, la clase capitalista de Estados Unidos (en especial los sectores avanzados de la «segunda revolución tecnológica»: vehículos, maquinaria eléctrica, productos químicos y otros bienes de consumo duraderos) iba quizá una generación por delante de sus rivales europeos en el grado de subordinación y fragmentación del trabajo cualificado en el proceso de trabajo. Al mismo tiempo, sin embargo, la revolución de la producción y la debacle de posguerra de la AFL estaba debilitando los puntales materiales de la conciencia de oficio. La integración «fordista» de la producción en masa estaba preparando el escenario para el surgimiento del CIO y el renacimiento del sindicalismo industrial.

⁹² La revolución de la productividad representada por los nuevos procesos de trabajo se tradujo en un incremento de casi un 50 por 100 en la producción industrial entre 1918 y 1928, mientras que la mano de obra fabril se redujo de hecho en un 6 por 100. Así pues, tal y como ha señalado Stan Vittoz, «la tradicional dependencia de la industria estadounidense con respecto a la afluencia continental constante de mano de obra inmigrante barata no se reprodujo después de la guerra» y las grandes empresas no plantearon más que una oposición tímida a la eficaz campaña autoctonista de principios de la década de 1920 por la restricción de la inmigración. Stan VITTOZ, «World War I and the Political Accommodation of Transitional Market Forces: The Case of Immigration Restriction», *Politics and Society* 8, 1 (1978), p. 65.